

y la política

# LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : FERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

aquí yacía aquel tan  
condido monarca, que  
asistía estos días  
dadas a engañar al pue  
lugar para discurre

ipe viéndolas bajo cel  
violable y más este día  
egos de mano, obra de  
y de su gusto y genio

hecha un gran corre  
e de moscas en el zun  
se en la basura de la  
dando con lo podrido  
morales llagas.  
aplausos, subió en pue  
descarado, que autor  
en ser todos los que  
plazas, un elocuentis  
e después de una bies  
comenzó a hacer p  
maravillosas sutilezas  
uella innumerable va

rlas bien notables, le  
bocas y aseguraba le  
sas muy dulces y con  
lo tragaban. Pero lu  
r cosas asquerosísimas  
bles, con gran desair  
todos los circunstante  
n daba a entender qu  
y blanco y fino: ma  
boca, lanzaba por ell  
go y más fuego, que  
otras veces papel y lu  
uchas cintas de seda  
ndor: y todo era em  
sa.

Andrenio y comen  
ilo: que tu también  
as, no distinguiendo  
ero.

que es este valien  
so político, llamado  
quiere dar a beber su  
a los ignorantes. N  
los tragan, pareciéndo  
s y verdaderos? Y bie  
n otro que una contr  
vicios y de pecado  
estado, sino de estable  
candidez en sus labio  
gua y arroja fuego a  
las costumbres, y qu  
Aquellas, que parec  
las políticas leyes, co  
a la virtud y las sus  
es el papel del libr  
se máscara: todo falsed  
que tiene embelesad

GRACIAN

Finalicemos. Es tal el malestar que nos  
nade al comentar hechos y acciones de  
haz tan envilecedor, que ardientemen  
añhñamos' terminar cuanto antes.  
regamos unas palabras más para des  
brir que los premios no fueron otorga  
a ninguna virtud, ajada o impoluta,  
no a la más grande desvergüenza. Una  
tadura que posea un adarme de digni

## Premios a la virtud y a la desvergüenza

caridad en general, y la burguesa  
cularmente, de no ser espectacular  
aparecería por escotillón y nunca,  
poco, hubiera existido. La fuerza axio  
ica de esta frase la refrenda la rea  
dad de cada día. En "Piel de Zapa" de  
zar, un personaje se pregunta: "¿To  
ria la Sociedad la desgracia si no pu  
ra acomodarla a su uso, aprovecharse  
ella, ensillarla, ponerla unas riendas  
mas gualdrapas, montar en ella y uti  
n: como objeto de recreo?"

la centenaria "Sociedad de Benefi  
cia" nada se hace si no al son de boni  
go y de platillos. Ignoran aquellas señ  
la máxima evangélica que reza: "Que  
sepa tu mano derecha lo que dió la  
diestra. Ellas que se colocan bajo la  
ocación de la gracia hiperdúlica de la  
gen y del rabino de Judea, ignoran  
Pero no. Ellas se lo saben de me  
ria y tan de memoria se lo saben que  
poder más la vanidad que la religión.  
han olvidado.

comedia grotesca e insultante para  
p ser de cierta rectitud moral, fué re  
entada en la matiné realizada en el  
ro Colón con gran pompa y boato.  
una ceremonia "conmovedora", se  
la gríta histérica de algunos diarios  
explotan todo lo que hay de más vul  
y bajo en la naturaleza humana. Hu  
premios para toda: las virtudes. Y si  
una hubiese faltado a la cita, la ha  
an, con toda seguridad, inventado. Pe  
no, ninguna faltaba. Para que ustedes  
dan conocer a esas pulquérrimas enti  
des, las haremos desfilar una a una.  
men asiento, caballeros.

mpecemos por esta señora fea, arru  
ta, con más averías que mundana en  
te: que se llama la moral; en segui  
presentaremos al amor filial, de algu  
hija desalmada; el amor fraterno de  
n le negó el pan y la sal a su herma  
la humildad de alguna perdularia  
ica de uno o varios padres de la pa  
al desinterés de un usurero, quien  
presta a menos del 60 por ciento; al  
no del prójimo, de un señor propietario  
media docena de conventillos; a la  
nación de quien, pudiendo salvar a  
querida mamá, la dejó perecer de ham  
a la honradez de un vendedor de  
cerderías averiadas; a la madre que  
un sufrido más. Y aquí plantamos tien  
a fin de comentar a este feo aborto  
lido de unas damas que hacen alarde  
valor temerario al erigirse en divini  
des supercéticas, dispensadoras de pres  
al sufrimiento humano. Nunca nos  
bíamos imaginado que la mentalidad  
gusa llegara a semejantes aberracio  
es. Un premio al dolor, a la angustia,  
la congoja, a la lepra, en fin, a todo  
que no hace muy divertida la vida de  
seas, es una ocurrencia bastante pe  
rina y de un gusto de una tilinguería  
efable. Así que los ejemplares de la  
adre que hay sufrido más son dignos  
ser cultivados y, si es posible, que se  
multipliquen hasta lo infinito a fin de  
dos o'tengan su correspondiente premio.  
aya la diversión de estas damas! Hay  
davía más, más abortos y pergenios, que  
lo pueden ser concebidos por mentes  
orbos y de una podredumbre moral  
decible. No hemos de presentarlos.

Finalicemos. Es tal el malestar que nos  
nade al comentar hechos y acciones de  
haz tan envilecedor, que ardientemen  
añhñamos' terminar cuanto antes.  
regamos unas palabras más para des  
brir que los premios no fueron otorga  
a ninguna virtud, ajada o impoluta,  
no a la más grande desvergüenza. Una  
tadura que posea un adarme de digni



LA CONFERENCIA DEL TRABAJO

dad, nunca se presentará a esa feria de  
potrancas lujosas y de bestias gravitantes  
bajo el peso enorme de una virtud ama  
sada con el barro negro de las almas de  
la más astuta hipocresía. La verdadera  
virtud se ignora a sí misma, como la ro  
sa ignora su perfume y el verdadero ge  
nio no cree serlo.

Además, la virtud auténtica que se re  
suelve en dones interiores es, no sólo  
desconocida, sino que se la persigue  
cuando no se la escarnece y se la cruci  
fica. Dígallo sino el Nazareno. Y esa  
virtud convencional, hipotética y casi mi  
tológica, cambia la bondad de sus cuali  
dades al ser transportada de una latitud  
a la otra. La virtud china será muy di  
ferente de la francesa, por ejemplo. Pero  
cuando realmente existe es tan rara co  
mo el ave fénix, que nunca existió.

Y a quién premiaron entonces aque  
llas señoras? A una tralla de hipócritas,  
desvergonzadas y desvergonzados, que de  
todos modos no lo son tanto como ellas,  
las que pretenden tener una balanza se  
creta para sopesar y graduar las virtu  
des humanas. Y si en el otro platillo pu  
siesen las suyas, no es imposible que las  
premiadas resulten a la postre un exce  
lente género de virtud fabricado "ad  
hoc" para esas funciones conmemorad  
ras de fiestas patrias.

Ya apareció el segundo volumen  
de LA REVOLUCION SOCIAL  
EN FRANCIA  
Precio: \$ 1.50 m.p.  
Editorial LA PROTESTA

## GLOSARIO

**La Fiesta de la Raza**

Los que menten la tiranía en España  
son unos bellacos. Los que intenten con  
vencernos que Primo es un primo con to  
da la barba y además un idiota, listo pa  
ra el asilo de inválidos, son unos tra  
idores a la patria. España es una copia,  
y quizás aumentada y corregida, del que  
en los remotísimos tiempos hubo de ser  
el paraíso terrenal. Y quien dude de estas  
verdades de a puño, no necesita más que  
leer el título de este telegrama: "Se agot  
aron las localidades para la corrida de  
reparición de Belmcente".

Ya decía Bagaria, al pié de unos ara  
bescos, representando la figura chulapa  
del torero clásico:

— ¡Señores! Desde este momento, nada  
de pensar en Marruecos, en política, en  
el Directorio y etc. ¡Ya era hora de po  
der ocuparse de las cosas serias!

**Niños mártires**

La comparsa patriótica ya se hartó  
de luces, de himnos y de lanzar vitores a  
la Argentina. Como si con estos gritos  
pudieran darle un lustre mayor. Entre  
tanto, que desfilaron los patriotas de oc  
sión y de efemérides, los festejos escola  
res y la verborragia de maestros y maes

tras, exigían el concurso de sus alumnos  
— niños y niñas de pocos años — para  
que se vistiesen, disfrazándose de *repúbli  
ca*, de chino o de mariposa, a fin de dar  
más lucimiento al acto y fuesen una bo  
nita ilustración a sus respectivos kilo  
métricos discursos.

Quitadas las ropas de abrigo y cubier  
tos con las ligerísimas gasas y delgadas  
telas, tiritaban como hojas. La vanidad  
verduga de estos pedagogos, no paró  
nientes en los chiquitines de carnes amo  
ratadas y labios lívidos. La "patria ante  
todo y por encima de todo". Y eso que  
algunas escuelas se decoran con esta fra  
se: "Enseña mejor quien más ama."

**Pro comunismo oriental**

En el cuarto aniversario de la funda  
ción de la Universidad de los pueblos  
orientales, Stalin dijo que debíase formar  
cuadros susceptibles de llevar la revoluc  
ción a Oriente. Afirmaba también que  
era un imperioso deber servir a la causa  
revolucionaria de esos países.

Nos parece que para cumplir tan im  
portoso deber, no necesitan andar tanto  
ni tan lejos. Empezando por casa, no les  
faltaría quehacer y bastante trabajo ten  
drían por algunos años.

### La peste blanca

Con todos los conocimientos acumulados durante dos centurias o más, la medicina alópata o sea la más extendida y oficializada, no pudo más que declarar su impotencia en la cura de varias enfermedades. Entre éstas se halla, además del cáncer, la lepra. El último esfuerzo de la ciencia en el sentido de encontrar la curación de los tuberculosos, ha sido encontrado en Norteamérica y se trata de la aplicación de sales de oro. Su nombre científico es "Sanuscrusine". ¿No da esto la sensación de que la medicina oficial retrocede a los antiguos tiempos de la alquimia, de la transmutación de los metales viles en oro, al querer sanar un enfermo recetándole sales de calidad tan preciosa? Por lo menos marcha a tientas y prefiere esto a descubrir que el régimen actual es el fabricante más activo de toda clase de enfermedades, con sus métodos de explotación y de despojo. Que todos tengan su ración de aire, de luz, de sol, abrigo, descanso y comida en abundancia, y no solamente la peste blanca se podrá curar, sino que muy pronto desaparecerá.

Esas sales de oro tienen el único propósito de despistar a los incautos y a los crédulos con una novedad más.

### Marx en Londres

Se ha rechazado el petitorio que se elevara a la comisión del Museo del Concejo Municipal de Londres, para colocar una placa conmemorativa en la casa en la cual vivió el autor de "El Capital". Para ello no se dieron razón ninguna que justificara esta denegación. Los ingleses o los miembros que forman ese Concejo, son caprichosos y testarudos. Marx y su doctrina económica, si no están muertos los dos, no representan el menor peligro para la sociedad actual, y menos para la británica, ya que son muy pocos los valerosos que se lo leen, ni que puedan encenderse de una santa ira destructora. En el fondo, Marx era más burgués que los mismos burgueses, al abrazar un autoritarismo mecánico y materialista. Si se hablará de Godwin, sería otra cosa.

### Alessandri, el "vencidor"

Echado a puntapiés el elegante presidente de Chile, no tuvo reparos en volver a desempeñar el rol de mesías y salvador de la patria. Los chilenos, que pudieron optar por la libertad y la independencia económica conquistándose las, añoraban la tranca que les acariciase de nuevo los lomos. Ya la tienen. No nos cabe la menor duda que estarán nadando en la abundancia y serán completamente dichosos, navegando a todo vapor hacia la tierra prometida de las perdices fritas y volando.

No sabemos cuáles son los más endebles de carácter y moral, si ese presidente de quita y pon, o ese pueblo que le hiciera regresar. Es que el aprendizaje de la dignidad y de la libertad es el más duro de superar.

### Leguía, salvador de la patria

Vistiéndole de mentiras muy bien o mal dichas, Leguños quiso se creyera que el filipinense tiranuelo, la hiena sedienta de riquezas y de las energías de sus tributarios, era el único estadista capaz de sacar al Perú del atolladero económico y político. Le consideraba un hombre nacido para el mando, lo que equivale a ser esclavo al revés, en fin el salvador providencial de su patria. Leguños miente a sabiendas. Leguía empenó y remató al país, entrampándolo a las empresas extranjeras que explotan al pueblo con precios exorbitantes, desequilibrando los magros presupuestos de las clases proletarias.

Háblese de correos, de telégrafos, de compañías de navegación, de ferrocarriles, de tabaco, de alumbreado y etc. De la mayoría de esas empresas, él es uno de los más fuertes accionistas.

Ahora, al tratarse de construir las obras portuarias del Callao, se envió un memorial al caudillo, para que pusiera un veto al contrato Chester, por creérselo perjudicial. Este petitorio fué formulado por la Federación de Empleados Marítimos. Creemos que ese veto nunca será puesto en vigor, de mediar únicamente la voluntad del "salvador de la patria".

## Del anarquismo político a la ofensiva unitaria

Hace ya más de cincuenta años, una pléyade brillante de jóvenes revolucionarios, inspirados por Bakunin, inició en Italia el movimiento social moderno de los trabajadores. Durante los primeros tiempos del apostolado rebelde y proletista, aquellos precursores, uno de los cuales, Malatesta, vive y labora todavía, aspiraban a constituir una fuerza organizada y con ese fin se dirigieron a las masas proletarias, logrando atraer un gran número de elementos en torno a la bandera de la Internacional. Entonces se media al hombre menos por la categoría de su trabajo que por la profundidad de sus convicciones y así vemos que los que más se sacrificaron por dar vida al movimiento social italiano, no tenían una procedencia popular; sin embargo no todos los hijos de la familia obrera podrían competir en abnegación y honestidad revolucionaria con un Fanelli o con un Caffero. Mientras los creadores del movimiento socialista italiano quedaron en su puesto, todo el movimiento marchó bajo la inspiración de sus ideas anarquistas. Luego vino el período de las persecuciones y del destierro de las figuras sobrepalantes de la revolución y las masas obreras quedaron a merced de los policlínicos, perdiéndose en el pueblo la tradición revolucionaria libertaria del primer período de organización y de lucha. Las ideas sobrevivieron en camaradas aislados o en pequeños grupos que sólo eran reanimados por algún suceso exterior extraordinario o por la llegada de Malatesta después de sus largos destierros.

El anarquismo, que nació en Italia al calor de las masas organizadas, se divorció del gran número precisamente en el momento que entraban en vigor los partidos políticos marxistas y cuando se ponía en práctica la división metafísica de los organismos económicos y de los organismos políticos de la revolución. El divorcio del anarquismo y las masas italianas, divorcio que halla su atenuante en las persecuciones furiosas contra los anarquistas, pero que sin embargo no se produjo en España, pese a Sagasta y a sus sucesores, dejó abiertas de par en par al socialismo autoritario las puertas de acceso al mundo del trabajo. El socialismo autoritario se convirtió en Italia en una potencia y nuestro movimiento quedó reducido a divagar en las regiones de la filosofía o a tomar parte únicamente en agitaciones periódicas; el lazo de unión constante con las grandes masas había sido roto y no se logró aún restablecerlo. En el primer decenio de este siglo hizo Pietro Gori un nuevo esfuerzo para llevar el anarquismo al seno de las masas trabajadoras, pero era ya un poco tarde y además no contó con el apoyo decidido y constante de nuestros camaradas. De resultados de la iniciativa de Gori surgió luego la Unione Sindacale Italiana, dominada durante varios años por un sindicalismo revolucionario incoherente y desbaratado por la reacción fascista cuando entraba en una vía francamente libertaria. Pero la Unione Sindacale Italiana tampoco fué sostenida y animada por los anarquistas en la medida que había derecho a esperar.

Es bien doloroso constatar que el anarquismo como movimiento de masas en el sentido de la vieja Internacional, no existe en Italia. Mientras Malatesta viva tendremos en ese país una cierta fuerza moral y más o menos simpatía entre el pueblo. Cuando ese viejo luchador desaparezca, es posible que nuestro movimiento se reduzca por una parte a una serie de grupos editores de hojas individualistas y por otra a una pequeña secta filosófica con Luigi Fabbri como supremo sacerdote a la cabeza. ¿Cuál será el lazo de unión de los anarquistas italianos después que desaparezca Malatesta — y esperemos que sea lo más tarde posible — con las masas trabajadoras? El lazo que descubre Carlo Molaschi es el ingreso en la Confederazione del Lavoro, es decir el suicidio como fuerza propulsora de la revolución social. Molaschi, familiarizado hasta ahora con la caverna de Zaratustra, no ha tenido tiempo para comprender el funcionamiento de las organizaciones obreras reformistas ni para reflexionar

sobre el valor de un movimiento obrero autónomo libertariamente inspirado. Por consiguiente es comprensible que crea ir a las masas al ingresar en la Confederazione, donde hay centenares de millares de obreros organizados. Podemos pasar por alto, pues, la opinión de Molaschi: la que nos interesa es la de Fabbri, que se cubre con la de Molaschi. A Fabbri no lo podemos acusar de precipitado ni de irreflexivo ni de inconstante. Por desgracia, las ideas relativas al anarquismo como partido político y al movimiento obrero como algo homogéneo están profundamente arraigadas en él. Es Fabbri el que insiste sobre esos puntos de vista, que en general son también los de Malatesta. Y es Fabbri el que destruye con su actitud la posibilidad de un movimiento obrero libertario en Italia, pues, descontados una parte de los individualistas, que son mayoría en nuestro movimiento italiano, y descontados por otra parte los miembros de la Unione Anarchica Italiana, que responde a las ideas de Fabbri, ¿con quiénes se podrá echar las bases de la restauración de un movimiento obrero inspirado por el anarquismo?

Y no debemos olvidar que estamos en uno de los períodos más críticos para el porvenir de nuestras ideas. El fascismo no será eterno, aunque no desaparecerá tampoco en la forma que se complacen en creer algunos camaradas. Cuando el fascismo calga o al menos ceda en sus formas extremas de reacción, estaremos ante una posibilidad de hacer resurgir nuestro movimiento. Fabbri querrá engrosar las filas de la Unione Anarchica Italiana; Borghi querrá dar nueva vida a la Unione Sindacale. La tolerancia recíproca tiene que llegar a un término, pues ambas tendencias crearán ajustarse a la mejor interpretación revolucionaria. Es posible entonces que se consagre una escisión funestísima: la Unione Sindacale, que podría resurgir con las ideas anarquistas por bandera, evolucionará en el sentido del sindicalismo clasista estrecho; pero de esa evolución será responsable la Unione Anarchica que sostiene que en un movimiento sindical no puede defenderse el anarquismo tan puro como en los pequeños grupos de filósofos.

Porque nos interesa vivamente el movimiento italiano, porque no ignoramos la fuerza moral de que disfruta en el extranjero, porque estamos convencidos de la inutilidad de los pequeños grupos de afinidad cuando existe la posibilidad de agrupar bajo nuestra bandera grandes colectividades, quisiéramos hacer comprender a Fabbri, cuyos méritos y cuya sinceridad apreciamos debidamente, que la distinción, que el dualismo a que se aferra sobre el movimiento económico y el movimiento político es una suposición metafísica, carente de todo fundamento; que no existe tal dualismo, que un movimiento obrero libertario es tanto económico como político — en el buen sentido de la palabra — y cultural. Las consecuencias de esa división arbitraria que defiende Fabbri con una tenacidad digna de mejor empleo no pueden ser más funestas para Italia y para los países donde Italia ejerce una cierta influencia. Quisiéramos hacerle comprender que los enemigos del anarquismo para desalojarnos del movimiento sindical, donde, convénzase el compañero Fabbri, se libra hoy la batalla decisiva entre las fuerzas que quieren asegurar su influjo político y social en el presente y en el porvenir. Quisiéramos hacerle comprender que el anarquismo divorciado de las masas — y su organización política, tal como la prestigia Fabbri, no significa menos un divorcio — está condenado a la impotencia y a las vaguedades. Que no debemos concretarnos a ser un movimiento de editores y de lectores de periódicos revolucionarios, sino una fuerza activa

en el seno del mundo del trabajo para la transformación política y económica de la sociedad. Que el instrumento para realizar esa transformación no es únicamente la propaganda hablada y escrita, sino la organización de los trabajadores inspirados en ella.

Además no hay que olvidar que los partidos acuden al proletariado, que sin el proletariado ya no se puede realizar ninguna revolución, ni siquiera la reacción fascista o bolchevista. La actitud de Fabbri privaría a los anarquistas de combatir a nuestros enemigos, el ejemplo y la práctica de nuestras organizaciones obreras. Los comunistas son más hábiles en este sentido que el camarada Fabbri. Ellos también pueden el frente único proletario, pero desperdician la ocasión, donde puede para crearse un movimiento sindical. Fabbri rechaza el movimiento sindical anarquista como algo imposible; mientras tanto la realidad debe demostrarle que el movimiento sindical puede ser obrero anarquista que fascista, comunista, socialdemócrata, católico, etc., según las ideas de los fundadores e inspiradores de los sindicatos. Fabbri, aunque parezca radójiico, tiene sus dogmas intangibles, uno de esos dogmas es la unidad de clase proletaria; el proletariado, según es un todo armónico, con intereses comunes. ¿Por qué no baja de la torre marfil para constatar que eso es una ilusión, que el proletariado no es una unidad sino un conglomerado heterogéneo de por ideas e intereses contradictorios. ¿No ha visto aun en Italia que fué parte del proletariado la que quería en 1919-20 la revolución y que fué otra que formó luego las bandas fascistas? mayoría de los fascistas son también proletarios, la mayoría de los miembros del partido comunista ruso son también proletarios.

Cuando los camaradas italianos de los partidos del anarquismo político iniciaron hace unos meses una propaganda más abierta en favor del ingreso en la Confederazione del Lavoro, hubo que dar la voz de alarma y habló en un sentido que no se prestaba a interpretación ambigua. Parece que esa voz de alarma tuvo un cierto eco, pues últimamente se trata de conservar la unión entre los anarquistas ante todo. Séanos permitidos nosotros intervenir con nuestra opinión. El asunto planteado por el anarquismo político italiano es grave y sería perjudicial dejarlo sin solución en aras de la unidad exterior entre los anarquistas italianos. Los anarquistas italianos tendrían forzosamente que escindirse y seguir cada cual su camino si no quieren correr a las alas y condenarse a la impotencia como movimiento social al divorciarse de las masas — y ya hemos dicho que la Confederazione es también separada de las masas. Silenciar el asunto no es la mejor solución. Al contrario, sería la mejor oportunidad para una polémica esclarecedora, pues la reacción obstaculiza la acción práctica. Sería un gran paso el obtener de esa polémica la convicción de que el mejor campo de acción del anarquismo está en las masas trabajadoras y por consiguiente en la organización de las mismas. Sin que eso implique ningún reconocimiento de la idea marxista de clase.

Es ya tiempo de discutir a fondo el anarquismo debe reducirse a un movimiento de "grupos de afinidad", o si se fundirse con los trabajadores revolucionarios para llevarlos a la destrucción del Estado y del principio de autoridad. Es ya tiempo de poner en claro si es en el sindicato antiestatista o el grupo de propaganda donde se educa revolucionariamente a los trabajadores donde se les da la noción de su fuerza practicándoles para la comprensión práctica de la posibilidad de un mundo mejor. La vieja polémica entre organizadores antiorganizadores no hay razón ya para renovarla; en ese sentido la realidad política se impuso a las utilidades metafísicas del superhombre. Si aun alguien pretende ser anarquista antiorganizador, lo dejamos que siga tranquilamente su camino, impidiéndole sólo que nos moleste con su filosofía. La cuestión que está hoy a la orden del día de los anarquistas es la de la organización partidista del anarquismo o de la organización sindical antiautoritaria. ¿Somos un partido, es decir una secta, o somos un fragmento de la gran masa

# ESBOZO DE HISTORIAS DE LAS UTOPIAS

## A PIERRE QUIROULE

I

Una utopía, las utopías — fácilmente se desprecia ese género considerado inútil, ilusorio, contrario a la realidad, a la ciencia; ¡guardémonos de seguir esas voces secas y utilitarias! El mundo es bastante pobre tal como es ahora y toda utopía es una de sus raras flores. El hombre es verdaderamente pobre si no acaricia una utopía, si no lleva en su cerebro esa utopía eterna de algún ideal tanto general como individual que concibe en su primera juventud, — construcción muy variable a la que añade o en la que hace alteraciones cada etapa de su desenvolvimiento intelectual y moral, que crece, envejece y muere con él. ¡Qué vacuidad la del cerebro que no la conoce, que por orgullo, por resignación o por simple vulgaridad absoluta no piensa más allá del momento presente! — al contrario, el *carpe diem* vale siempre, — pero los que están absolutamente absorbidos por él son seres tan incompletos como los que no viven más que en el sueño, en la utopía.

La utopía es un fenómeno social de todas las épocas y es una de las formas primeras y más antiguas del progreso y de la rebelión: porque el deseo de elevarse por encima de un presente que no parece aceptable más que para el usurpador y el disfrutador, y la esperanza de que se triunfará un día, los medios para llegar, todo eso se transforma en reflexión sobre el porvenir, en visión de lo que podría hacerse — alternando en el organismo sano con el impulso a obrar *hic et nunc*, con la acción, el trabajo, la investigación o el experimento presentes. Por eso mismo, porque los hombres habrían podido ser así verdaderamente libres y felices, atendiendo ellos mismos sus propios asuntos, los malos pastores autoritarios han tenido siempre en vista el impedirles ser hombres completos, han cultivado en los unos exclusivamente el gusto por el presente, el disfrute vulgar, y en los otros, los despojados y sometidos, exclusivamente la esperanza en el porvenir bajo forma de justicia celeste, de la felicidad de los paraísos, de los castigos de los infiernos de todas las religiones.

Ese no es el origen de las religiones, sin duda, pero una vez creadas las concepciones supersticiosas, una vez engañados los hombres, los sacerdotes que tenían la misión de perpetuar esas supersticiones y de impedir a todo precio la emancipación intelectual del pueblo por las rutas de la ciencia, — esos hombres, servidores siempre de los dominadores de la hora, proclamaron la inmovilidad y la intangibilidad absoluta de todo sistema en vigor, es decir, la obediencia a las leyes y costumbres y el abandono por el pueblo de todo esfuerzo por cambiarlas, y relegaron todas las esperanzas y veleidades de rebelión del pueblo en el porvenir soñado según las tradiciones, al cielo donde el pobre será el primero, al infierno donde el rico expiará su explotación y su vida de deleites: esa fué la moneda con que debió contentarse el pueblo — fué educado, pues, en la sumisión absoluta bajo el sistema en vigor, con la prohibición de tocarlo, y se le permitió necerse en la esperanza de que en un cielo imaginario encontraría justicia y felicidad.

La utopía fué degradada así y desviada de su fin por el sacerdotismo de todos los tiempos. No se consiguió por completo, porque las raíces de la utopía son muy fuertes. Reposan primeramente en las tradiciones del pasado, que casi siempre fué un tiempo en que se era un poco menos desdichado que en el presente. Yo sé que el progreso muy real de la segunda mitad del siglo XVIII y de todo el siglo XIX, ha creado la impresión de que el pasado es el mal, las tinieblas de donde se emerge, y estoy lejos de negar ciertos progresos, pero ya el cuarto de siglo XX que acabamos de pasar, nos trae un retroceso muy pronunciado y seríamos dichosos si animase un poco de la mentalidad de 1848, de los años de 1860-70 y 1880-90 nuestra época autoritaria, nacionalista y fascista. Aparte, pues, de esos

intervalos raros, la edad de Pericles en Atenas, etc., el pasado era habitualmente una época en que no existían aun una cantidad de expoliaciones, de represiones, de restricciones, en que se estaba menos encerrado, en que se comía mejor y se trabajaba menos duramente, en que no existían aún ciertas fortunas escandalosas, etcétera, y de ahí la fantasía popular, ayudada por algunas tradiciones y por el espectáculo de los pueblos más primitivos, se remontó a un estado de justicia y de felicidad completas y generales, a la *edad de oro*, al *paraíso*.

Esas fueron las primeras utopías, y como el espíritu humano por el pensamiento y por el sueño se mueve en apariencia libremente y puede transportar sin ninguna dificultad sus fantasías del pasado al porvenir, no hubo obstáculo para que imaginara una existencia continua de esa edad de oro y de ese paraíso en regiones inaccesibles al cuerpo físico, pero a donde el espíritu, la imaginación y el sueño se transportaban libremente, y se concluyó que las almas, separadas del cuerpo, tendrían la facilidad de volar hacia ellas — la imaginación creó, pues, el *elysium*, las alegrías del *ciclo* cristiano o del *paraíso mahemetano*, de la *Walhalla* de los pueblos teutónicos, etc., como otra utopía, convirtiéndose en realidad la *edad de oro* para los muertos, al alcance, pues, infaliblemente, de cada individuo después de un corto número de años.

Fué entonces cuando poco a poco los sacerdotes se sirvieron de esos sueños que ocultaban el deseo de justicia y de felicidad, para convertirlos en instrumentos de sumisión mental. De ahí esas leyendas que renegan de la justicia en el cielo mismo, que declaran al hombre caído por haberse rebelado contra dios o por mostrar el menor deseo de ser él mismo, de comprender y de saber. Entonces los sacerdotes griegos muestran a Prometeo, por haber enseñado a los hombres a domeñar el fuego, en lugar de dejarle su cualidad accidental, devastadora, cuando caía en rayo del cielo, — a Prometeo, encadenado, martirizado, castigado como un rebelde por su acto de utilidad suprema. Y los sacerdotes judíos muestran al hombre que comió del "árbol de la ciencia", brutalmente expulsado del paraíso y groseramente insultado y condenado a través de todos sus descendientes a la miseria terrestre, — por ese dios enfurecido y envidioso que se llama Jehová. Y si eso se hizo para causar horror ante la rebelión individual, se hizo también con respecto a la rebelión colectiva, — los dioses griegos chillaban contra los gigantes por sus asaltos al Olimpo, y el dios judío y cristiano rechazó con la misma violencia el asalto de los diablos: la autoridad, pues, triunfó siempre. Es así como se falsó la utopía popular y como el pueblo fué adoctrinado, embrutecido hasta en sus sueños, — debió resignarse a admitir que en el cielo tampoco haría lo que quisiera, que tendría allí su pequeño puesto sólo si era absolutamente sumiso, obediente y piadoso en la tierra — ¡y aún más! Se llegó así a sofocar el alma popular hasta tal punto que, si a través de la historia hubo un número bastante grande de rebeldes y de rebeliones colectivas, sin embargo la gran masa asistió siempre indiferente o casi al martirio de esos precursores y aislados, y nosotros estamos aún en ese estado: vemos en nuestros días cometidos más horrores en algunos años que en todo el siglo XIX, pero la indiferencia no se conmueve. Porque se ha enseñado la intangibilidad del presente, se han abismado y reducido a la nada los antiguos sueños del porvenir, tenemos el hombre de hoy, que se diría carente casi de mentalidad, el hombre que tiene lo que le sirve de cerebro, lleno, para el día, con hechos diversos o deportes, para la noche, con el cinema y que, entre tanto, se ocupa forzosamente de un trabajo que no le interesa y que detesta — entonces se resigna y se atrofia, se anula, se empeña en convertirse también en dominador, en explotador y en disfrutador.

Yo no desprecio los enormes esfuerzos de los movimientos obreros y humanitarios para elevar la mentalidad popular, pero evidentemente toda esa acción está

en minoría comparada con las fuerzas reaccionarias que obran sobre el pueblo, y es preciso admitir que la obra obscurantista hecha otro tiempo por los sacerdotes casi solos, es hecha hoy por los políticos, por la prensa, por el deporte y la diversión con una eficacia tan terrible como antes de los sacerdotes y aun por medios semejantes: porque el pueblo es pagado siempre en moneda de mono, es siempre inducido a interesarse en algunos objetos ilusorios que no tienen la menor importancia para sus intereses, por algún malabarista político o actor o torero o boxeador o divinidad del film.

De eso se seguiría quizás para nosotros la enseñanza de que el pueblo tiene necesidad de un tal ideal lejano, que sin ideal no hará ciertamente nada, pero que *bajo el impulso de un tal ideal se moverá, si se mueve alguna vez —* y que por consiguiente, a nosotros nos corresponde darle un ideal más poderoso, más susceptible de arrastrarlo que sus ídolos vacíos actuales. Es preciso que *nuestra utopía*, que continúa el su-ñeo antiguo de justicia y de felicidad, en otro tiempo tan caro para el pueblo, vuelva a ser su utopía y que expulse a sus ídolos malsanos o insignificantes y mequinos del presente. Debemos examinar si no tenemos algo de culpa en que el socialismo, la anarquía misma, se hayan vuelto demasiado secos, áridos, prácticos, abstractos, para apelar verdaderamente a la imaginación popular. Creemos haber llegado a concentrar las ideas en resultados y métodos más o menos precisos y creemos que se economiza tiempo y esfuerzo proponiendo esos resultados a las masas. Nosotros mismos, al menos los más antiguos y una buena parte de entre nosotros, hemos pasado quizás por un período de utopías y queremos ahorrarnos ese rodeo aparente al pueblo y mostrarle la vía directa a la acción revolucionaria. ¿Es verdaderamente posible? Hé ahí la cuestión. No despreciamos demasiado la imaginación, el sueño — todo el mundo tiene más o menos necesidad de él, y el hombre que pasa sin él, es muy a menudo un espíritu ante todo autoritario, puesto que está impregnado de ese sentimiento de superioridad del que se sabe elevado por sobre las debilidades humanas.

Yo creo, pues, que el socialismo, la anarquía, tienen necesidad de volverse a templar en la imaginación, en el sueño, en las percepciones tangibles para la fantasía, factores poderosos que obran sobre un número mayor de hombres que la estadística, las conclusiones lógicas y aun la ciencia. La ciencia es el estado de educación monopolizada por los privilegiados, no se presenta aun al pueblo más que como un instrumento de dominación, pues cada resultado de la ciencia sirve sólo a los monopolistas y no al pueblo asalariado. Para el pueblo no hay aun más que imaginación, impulsos e instintos. El socialismo comprendió eso hace un siglo, en sus orígenes modernos, pero no lo comprende ya bastante hoy. Cree haber llegado a ser una cosa práctica, pero al descartar la imaginación se ha restringido, vuelto anémico y se aisló. Al dar mucha más plaza a la imaginación, a la utopía, se renovaría la atracción de nuestras ideas y hay una gran necesidad de ello.

No olvidemos que el *anarquismo* en particular es un socialismo que en el verdadero anarquista está impregnado de una necesidad de libertad, — libertad personal y libertad de todo lo circundante — que no está aun generalmente difundido, sino que — es nuestra convicción — existe en estado latente y capaz de desenvolvimiento en cada individuo. Habrá sin duda a nuestro alrededor o a nuestro lado mucho socialismo menos libertario o de ningún modo libertario, retardado y hasta autoritario. Porque de dos cosas una: o bien ese socialismo imperfecto será realizado *antes* que la anarquía, y entonces el ejemplo ruso desde 1917 nos muestra las situaciones que pueden resultar — o bien la *anarquía* será realizada primero, pero entonces también ella se encontrará frente a graves problemas que resultan del estado de atraso de grandes masas de la población. En todo caso, pues, importa ante todo que nuestro ideal sea, si no aceptado, al menos conocido por un número lo mayor posible de hombres, y eso no se hace por la teoría: los indiferentes no piensan en él y en las mil vías de la propaganda reaccionaria que perpetúan su ignorancia y sus prejuicios, pero la única manera posible es tal vez un llamado a la imagi-

los trabajadores que aspira a agrandar radio de influencia en el ambiente al cual no puede aislarse sin perecer? Sobre este tema se puede filosofar fácilmente y por eso sería mejor comparar labor práctica de una organización específica del anarquismo con la de una organización sindical anarquista. ¿Quié compare Fabbrí lo que realiza la O. R. A. en favor del anarquismo con que realiza o es susceptible de realizar la Unione Anarchica Italiana? En las tantas ventajas de la F. O. R. A. ante a la Unione Anarchica Italiana, por ejemplo, tenemos esta: la F. O. R. A. está basada sobre la existencia de tal personal personalidad, es decir está curada del individuo. En una organización política del anarquismo juega un papel extraordinario la personalidad famosa de Fabbrí, sino interior y físicamente, menos exterior y moralmente, el pago de jefe espiritual del movimiento. Pero lo demás agradeceríamos que se nos fuera por qué el anarquismo no puede ser representado por una organización política tan bien, al menos, como por un anarquismo político anarquista.

No será esta la última vez que insistiremos sobre el mismo tópico; sabemos en el peso que tiene en muchos camaradas la opinión de Fabbrí, pero también estamos convencidos de los efectos buenos que resultarán de esa opinión para el porvenir de nuestro movimiento. Pero es que querramos imponer como realidad absoluta que todos los anarquistas tomen parte en el movimiento sindical y procuren crearse un radio de influencia autónomo, es decir un oasis al margen del pantano del reformismo y del corporacionismo; no, respetamos todas las inclinaciones, respetamos la situación personal de cada uno de los nuestros; que si pretendemos es que se llegue generalmente un día a conceder su justo valor a los métodos y a las tácticas que nosotros defendemos. Y entonces, si una parte de nuestros compañeros sigue sosteniendo otro punto de vista, lo hará sin perturbar con su intervención la labor fundamental de nuestra propaganda y de nuestra organización. Pero la raíz de la actitud de Fabbrí está en el menosprecio de la significación de un movimiento que se autoanuncia en manos de los anarquistas; es por eso, y porque sabemos lo que pesa la opinión de Fabbrí en muchos camaradas de camaradas, por lo que insistimos en que se examine nuestro punto de vista y se compare con el sostenido por los colaboradores de *Pensiero* y *Volontà*.

La gravedad de la cuestión exige que nos dediquemos seriamente a hallar una solución más o menos satisfactoria. Como hasta aquí, podremos seguir durante estos años de reacción en los cuales se nos imposibilita toda labor constructiva práctica; cuando llegue el momento de poder actuar en Italia a la luz del día, será preciso llevar ya una línea de conducta y una dirección sólidamente reflejada. ¿El anarquismo político o la organización sindical de los anarquistas? La cuestión careciese de importancia, pero insistiríamos más; pero según nuestro modo de ver, se trata de un asunto vital para el movimiento anarquista y tendrá que perdonar nuestra tenacidad en dar la voz de alarma.

*O. Abad de Lantilla*

- FOLLETOS**
- Temas subversivos, por S. Faure. doce folletos con los siguientes títulos: I La falsa redención — II La dictadura de la burguesía — III La podredumbre parlamentaria — IV La patria de los ricos — V La moral oficial y... la otra — VI La mujer (segunda edición) — VII El niño — VIII Las familias numerosas — IX Los oficios odiosos — X Las fuerzas de la revolución — XI La conmoción revolucionaria — XII La verdadera redención. — Cada uno de los folletos, \$ 0.15.
- En Ucrania, por P. Rudenko, 0.10.
- Entre campesinos, por E. Mala, 6.ª edición corregida, 0.15.
- Carta gaucha, por Juan Crusas, \$ 0.10 — La voz de mi conciencia, por Simón Radowitzky, 0.10
- Primera conferencia de las organizaciones anarquistas — Nabat, \$ 0.10 —

nación y para eso nuestras ideas deben ser presentadas de una manera más tangible, más palpable de lo que están en los folletos más populares. No son ya las descripciones de la miseria, de los sufrimientos de un pueblo, del martirio de las víctimas de nuestras ideas las que afectan el corazón de los indiferentes: porque aún los más torpes de ellos sienten que no van demasiado lejos y se hacen *bourrer les cranes*, como si tomasen opio, para escapar a la banalidad de la vida de todos los días. Haría falta más bien la verdadera utopía, de la libertad futura, de la rebelión, de la solidaridad, presentadas en formas que hieran la imaginación.

No harían falta obras de arte, porque el pueblo conoce demasiado poco el verdadero arte, se siente alejado de él sin esperanza y lo excluye forzosamente.

En una palabra, me parece triste ver pasarse los años y observar las masas cada vez más mentalmente absorbidas por esos factores de diversión mencionados, que están todos al servicio de la burguesía — como antes por las iglesias, las procesiones, al lado del veneno, eran casi sus únicas distracciones. La organización y la idea hacen la felicidad de muchos de los nuestros, pero ellas no ejercen una atracción omnipotente a su alrededor, o nuestras filias serían infinitamente más vastas. La lucha, la rebelión, la huelga, etc., no son de todos los días y con frecuencia no conmueven más que a un número restringido. Queda aún, como he tra-

tado de demostrarlo, la imaginación, el esfuerzo por hacer verucos esos sueños de una edad de oro esta vez al alcance humano, accesible a los que se unan a nosotros para realizarlo mediante el esfuerzo común. La utopía no hay, pues, que desdeñarla. No se hace a la voz de mando, debe ser el producto de una verdadera necesidad que alguien siente al manifestarse así—el origen de todo producto de un valor intrínseco: pero estemos seguros que se producirá, si no se la lleva ya demasiado al desaliento. Hasta aquí se ha estado inclinado a desalentarla, a considerarla como perteneciente a una edad pasada, porque nosotros mismos conocemos más o menos el conjunto de las ideas y no tenemos necesidad de la ayuda de la imaginación. No la desanimemos más, pues, y estemos contentos si alguien hiera la imaginación popular, lo que no es del todo fácil, porque hay utopía y utopía, hay utopía aburridora que no atrae a nadie y hay utopía encantadora que no puede menos de desmontar nuevo terreno, de afectar cuerdas no tocadas aún y de hacerlas vibrar.

Es a los que no estén del todo en desacuerdo con estas reflexiones a quienes quisiera hablar un poco de las utopías sociales y de su historia.

*Max Nettlau*

**IX Salón anual de la Sociedad de acuarelistas, pastelistas y etc.**

II

Como declamos la semana próxima pasada, son pocas las alabanzas que justificadamente se puede tributar a los organizadores y concurrentes a este certamen anual. A los organizadores, porque ejecutan sus deberes exentos de todo entusiasmo, como si cumplieran una penosa obligación; a los concurrentes, porque, padeciendo del mismo mal, algunos llegan hasta al saqueo, con la correspondiente fractura e incendio.

La verdad, uno se pregunta: ¿qué misión desempeña el jurado en estos tranques? Doblemos la hoja, para que ella tape tan enojoso asunto. El que haya cometido, eso, merece sólo compasión y silencio. No es imposible que en un lejano día se corrija y bregue por sus fueros.

Volvamos ahora la cara a otro tema. Declamos también que de los expositores, cada uno, para acaparar un estilo, se colocaba una careta sobre otra. Y añadirnos, además, que estas caretas ni siquiera resultan ser de su exclusiva fabricación, sino que las alquilan o las toman prestadas por un tiempo. Se confunde horriblemente estilo con amaneramiento, con parálisis progresiva y una anquilosis irremediable de los sentidos. Nadie, aquí, posee la escritura personal de los grandes maestros — supongamos por caso un Wistler, un Velázquez, para citar dos ejemplos en los cuales la formalidad estilística no es llamativa ni salta de pronto a la vista. En cambio, los de acá, los floripondios de agüende el Océano, cecenan, tuercen y retuercen la dicción, deseando parecer originales, raros, y no son más que aprendices de maestros, y muchos ni siquiera eso. Transportemos estas analogías al vestuario, a fin de ser más gráficos y expresivos. Un dandy poseedor del estilo personal para trajearse, es muy natural no atraiga tanto la atención sobre sus prendas, como quien, no poseyendo idea alguna acerca de la elección de su vestimenta, pretenda "abardarse" con lujo, resultando luego un horroroso adéfio. Lujo, acicalamiento desmedido, no siempre quiere decir belleza, ni siquiera expresa el anhelo volitivo de un estilo. La voluntad estilística es muy otra. Ni cae del cielo, como el maná, ni se consigue con retorsiones y nuecas tremebundas. Los grandes maestros tampoco lo encontraron de súbito. Primeros se fueron estudiando a ellos mismos y a la naturaleza, a fin de acopiar observaciones: que luego les servirían para transfundir y poseer un ideario personal, y por ende una visión ídem. Entonces, poco a poco, adaptaron su lenguaje, su procedimiento a esa su especial visión o, si se desea, a

su concepción temática. Compréndase esto en idioma pictórico, como factura técnica y etc. De lo que deducimos que el estilo no es algo exterior, como un gabán a cuadros, sino muy interior, emanante del centro de nosotros mismos. La forma y la esencia se unen, como la semilla a su alvéolo. En fin, es una sola cosa orgánica. Y esos grandes maestros lograron su propia escritura porque pudieron o supieron contemplar el espectáculo de la vida y la feria de la realidad a través de un ángulo moral, síntesis de su fisiología y su psiquis.

La originalidad postiza manobra al revés. Primero crea un procedimiento, hurtado o no, y lo aplica, como un vestido de colores, a cualquier hecho, motivo anecdótico, paisaje o figura. Es la careta colocada sobre otra. Es el botón, pretexto para el traje, son las gafas, confeccionadoras de armonías en gris o en rosa. Siendo esta una modalidad facticia, pronto sobreviene el cansancio y la postración. No se quiso descender a la fuente viva de la experiencia, del aprendizaje, repetido día a día, y escasearon tanto los temas, de repetirse cual un sonsonete monótono y fastidioso. Advirtámonos desde ya que cuando se busca la originalidad — a veces interpretada como estilo y viceversa — menos se podrá dar con ella. Abandonémonos a nosotros mismos, no pretendamos ser otra cosa de lo que en realidad somos, y la perseverancia, el trabajo harán lo demás. Existe una clase de valor, que también es respetable: ser natural, ya seamos mediocres u otra cosa. Por lo menos nadie vendrá a achacarnos la intención del engaño alevoso y premeditado.

En este salón de acuarelistas y etc., nos topamos con numerosos casos a los cuales calzan como un guante las anteriores palabras. Nos ocuparemos de los que, a nuestro ver, ofrecen más interés.

Es hora que la verdad se diga, choqué o moleste. Principiaremos por Tibón de Libián, artista de talento promisor que defraudara las esperanzas concebidas. Incesantemente se le comparó a Degás, ya para elogiarle o ya en son de crítica y desmerecimiento. Se ha dicho, por unos, que le imitaba, por otros, que superaba al maestro francés. No tomaremos muy en cuenta estos dicéres. Sea lo que fuese, si su admiración por el predilecto le ha incitado a seguirle los pasos molestándole, hasta pisarle los talones, lo cierto es que Tibón de Libián no estudió ni conoce a fondo la obra de Degás. Y ello es lo peor. Todos somos hijos de alguien, y los grandes lo fueron también, y proclamar en



nuestras obras esta preferencia, este amor exclusivo, no es un delito ni un error. Si esta particular faceta de arte nos seduce con encanto de sirena, ¿por qué substraernos a ello, si de este modo violentamos todos nuestros sentidos, amputándonos? ¿Por qué no entregarnos a esta emoción abiertamente, que experimentamos sincera? Pero no con la ambición de saquearle a mansalva, sino para sumirnos en su estudio, catarlo en el espíritu, desentrañar los métodos, procedimientos, ya que todo afina con nuestra sensibilidad. Y más luego, informarnos profundamente de su orientación moral, seguro índice para guiarnos en su proceso de concepción. Tomar a Degás como un punto de partida y no de merodeo a su alrededor. Y puede que con esta suma de experiencias nos sea más fácil crear una obra personal. Hasta ahora no les ha dicho nada a los pintores argentinos el ejemplo de Cézanne, que copiaba sus modelos predilectos en el Louvre, con sesenta años y pico encima? Y se decía: "Si mon seance me peut faire hereux, je reviendré sur le motif". Si mi sesión me resultase feliz, volveré sobre el motivo".

Bermúdez Franco es otro que se resiste a confesar cuáles son sus padres putativos. Cuando era más ingenio mentó a Bagaría y a Olaf Gulbrason, caricaturista del "Simplicisimus", la revista alemana. Poco después volvía a negarlos. En sus acuarelas y tintas chinas se ve patente la garra de Bagaría. La manera de acuarelar los contornos, no siendo un procedimiento exclusivo del dibujante catalán, es el más usual en él. En cuanto a la línea, es la última manera adoptada por Gulbrason, y quien haya hojeado el "Simplicisimus" estará de acuerdo con nosotros. Es su careta. Para la finalidad que persigue todo arte, estas atagazas son sin importancia. El formalismo técnico está al alcance de todo el mundo. Lo importante es que Bermúdez Franco desconoce a qué responde ese lenguaje, esa expresión voluntariosa de una robusta personalidad. Responde a una profunda inquietud espiritual, que se alía a un anhelo de crítica satírica y depuradora. Como todos los discípulos no se quedan

más que en la epidermis, en la superficie y en el aspecto de su ídolo, Bermúdez Franco hizo lo mismo. No pensó nunca que esos arabescos, esos geroglíficos de líneas, sin la intención que les concede una mimica buda, serían más un defecto que una virtud en el mismo Bagaría. Es lo que este alumno aventajado no pudo descubrir de ese, porque tampoco él supo profundizar al que se afanaba para pisar los talones. Bagaría se despoja expresamente de toda materialidad, a fin de que la sensación caricatural y la idea se transparenten y se expresen con la mayor fuerza.

Sin la robustez de pensamiento y la plenitud viril del artista catalán, nada resta de este procedimiento, que puede ser mejor o peor, y podrá agradar o disgustar como cualquier otro.

Es innegable la destreza mecánica y hasta graciosamente intencionada de esas suaves ironías a la gente del norte, pero es nada más que una labor descriptiva e ilustradora, realizada con acierto y espíritu "frondeur", lo que también posee su valor de documento, ya que estas figuras no les falta carácter. En fin, digo que, a pesar de cierta excelencia de factura, hace cosquillas y es realizable para cualquier talento un poco brillante.

Raqueil Forner demuestra en los dibujos y en su "Calesita" cualidades plásticas de primer orden, aunque se encuentra en la escalatina de la pose original "outrance", que a su edad puede ser completamente sincera. Esa fragmentación de los planos podrá otorgarle un aspecto de ficticia masculinidad, lo que contribuye en cambio a quebrar las líneas directivas. Además, la letra, o sea la literalidad de la materia, mata el espíritu, es decir la finalidad, que se propone ser expresiva. En las grandes composiciones, la pintura desaparece para dar lugar a lo que quisieramos el artista. Más el lenguaje pictórico se hincha y se hace ampuloso, menos retendrá de la realidad que se quisiera representar. Ella se ahoga, se anula. Cuenta mucho trabajo, ante lo espeso de la forma, saber qué quiere expresar esa madre "Del Conventillo". Imposible adituarlo, pues la atención se insueme y se



Para una exposición cuya finalidad es eminentemente mercantilista, se hubiese merecido algo peor.

Se engañaría quien pretendiese juzgar la pintura española contemporánea por el presente muestrario de adefesios. Hay que declarar, pues, que esas obras son los deshechos recogidos en todos los estudios de España, traídos expresamente con la firme creencia de que Buenos Aires es un mercado fácil, con una clientela de los más variados gustos. Desgraciadamente no fué tan desacertado este juicio que le merecimos al chamarilero organizador de este conjunto, ya que su mercadería tuvo salida.

En suma, sabiendo todos los motivos que se escondían tras el pomposo rótulo de la "diezochava exposición de pintura española", al principio quisimos guardar silencio, después no nos pudimos contener y hablamos; hablamos más de lo debido.

perde, tiriéndole en todos los detalles fragmentados. Sin embargo, hay una voluntad de construcción que, cultivada con acierto, da á mucho de sí.

Es indudable que en Gramajo Gutiérrez existe un decorador primitivo que procede más por intuición o instinto que por ciencia aprendida. Su planos coloreados con tonos armoniosos bárbaros, que recuerdan un poco el arte udimentario de los pueblos de su tierra. A pesar de todo, su impotencia para manifestarse medianamente el dibujo, se revela una vez más. Esto en sus composiciones no choza, por cierto, ni las hace desmerecer. Por lo demás, su progreso es evidente, anotado ya por nosotros en la exposición industrial, cuando trabajos similares fueron presentados.

Guillermo Buttré, en sus dibujos y en su cuadro, exhibe las mismas cualidades que informan su labor, aun acrecentadas en uno de sus dibujos.

De las acuarelas de Macaya, la más feliz es la del "Puente Estados Unidos".

Su tendencia a valorizar con más justeza asoma mucho más que en su anterior exposición de óleos un poco improvisados, más que meditados. También en estas impresiones hay algo de apresurado que no quiere detenerse a darnos una sensación de profundidad o fuerza.

De Garbarini preferimos su "Calle de Pueblo", y nos extrañamos del poco vigor de su dibujo y la "negrura" de sus tonalidades; de Burgoa Videla diremos que sus pasteles se exceden demasiado por el deseo de fineza de color, siendo de todos modos interesante por su fantasía y su visión personal.

Poco o nada nos queda por decir, sino mentar a Pablo Molinari, a Teodoro Dimitroff, a Victórica, a Massino, en algunos de sus envíos, silenciando lo que nosotros creemos que son casos irremediables. Que ellos descansen en paz, y si pueden resucitar algún día, mejor que mejor.

At.

POR LOS SALONES

XVIII Exposición de Pintura Española. (Witcomb)

Por los cuadros exhibidos en la presente muestra, pareciera que nos hallamos todavía en la era artística del abalorio, de la bisutería y del artículo de bazar. No incurriremos en la candorosa ni en la injusticia de considerar este conjunto como si fue toda la pintura española, o el subtrato esencial de ella. No. Es imposible que se haya pintado, se pinte y se siga pintando tan mal y bisofamente en la tierra de Velázquez y Goya. No negaremos que se incluyen en el catálogo varios nombres respetados y famosos. Lo que no obstaría que a pesar del máximo talento y la bondad irrefragable de la mayoría de sus producciones se hallan, allí, muy pálida y pobremente representados.

Sobre todo pesa, como plomo, el mercachiflismo que informó la selección, reunida premeditadamente a fin de socoilar la mayor cantidad posible de dinero, a su clientela, con un gasto mínimo. Las telas, típicas de bazar y casi insultantes, son las de Mongrell Muñoz. Todos los adjetivos en el sentido peyorativo, que se pueden arrojar contra ellas, no podrían dar una imagen aproximada de su descaño, desvergüenza y pretenciosa banalidad chillona. Parecen hechas a propósito para martirizar y escarolarle la piel a la gente, víctima inerte de un maniático pintamonas. Al verlas, creeríamos oír una comadre o un papagallo de charla descosida y tropical. Pero su primo — sencillamente un Mongrell José, — siendo un poco mejorcito, se resiente de la misma superficialidad. Es una pintura de sumaria emoción y de mucha materia. No existe en ella ni una de las cualidades que ennoblecen al hombre, cuando ese hombre sabe sentir como un artista. Enumeraremos: Voluntad energética para construir; cierta dosis de meditación para absorber la realidad, transformándola en sujeto de arte, y un poquito de lirismo, si se le posee o se le tiene a mano, a fin de aljofarar y acentuar esa labor creadora. Mongrell, en cambio, emplea un método infalible en tornar el inherente dinamismo de la vida y de la naturaleza en algo de una pasividad flácida. Su paleta, aunque limpia, peca de vulgar y pedestre. Es la tonalidad peculiar de los malos pintores catalanes, cuya lógica cuadratura espiritual — propia de una raza práctica — les hace caer, a veces, en un objetivismo grosero. No sabemos qué secreto parentesco existe entre la pintura catalana y la teutónica, refiriéndonos siempre a la producción común y mediocre. En pocas palabras, es un artesano mediocre, que piensa mediocremente, al transfundir la realidad en lenguaje pictórico, como podría hacerlo un gacetillero sin sintaxis ni inspiración.

Si embargo debe haberse considerado el "clou" de esa exposición, para que uno de sus cuadros ocupara un lugar prominente.

Luego, se decora — siempre refiriéndonos al catálogo — de los nombres de Sorolla, de Nieto, de López Mezquita, Romero de Torres, Pradilla, Madrazo, Nestor, y etc.

De Sorolla, había una de las habituales marinas de la playa de Valencia, que participaba de todos los defectos y cualidades del que un tiempo fuera proclamado maestro. A pesar de todo, nos place más esta composición que el cuadro que se halla colgado en el Museo Nacional.

Telas de Romero de Torres, figuran varias. Son innegables sus facultades pictóricas, que de no haber derivado a un arte tan afanosamente anecdótico, truculento y de vaho lujurioso, habría dado mucho de sí. Es la crónica del hecho pasional con consecuencias policiales, elevada al rango de un arte plástico, poco accesible a tales explosiones folletinescas. ¿Cuál es la verdadera Andalucía, la de los Quinteros o la del pintor? ¿Quién acierta, los que emplean la pluma o el del pincel? Creemos que, hallándose en la raza andaluza los dos aspectos, lo sobrio, lo abúlico y lo alegre, ninguno sonó profundamente para expresar de manera cósmica lo esencial de ella. Es el defecto de tomar lo particular por lo general.

Nieto, por su parte, tiene un desnudo correcto, que por la modestia de sus pretensiones resulta agradable. Es una armonía placentera la de esos beige, realzados con sombras cálidas. Pero de ahí a los ditirambos de los críticos españoles y vaineclanescos, llegando a compararlo a Leonardo, media un grandísimo trecho. Apenas si es un pintor excelente, cuya virtud máxima estriba en hallarse un poco encima de la mediocracia pictórica de su país. Por lo demás, esa sola tela no es lo más representativo que pudimos ver de él.

No nos detendremos mucho en Nestor, gran decorador según unos, y torturador del cuerpo humano según nosotros. Ni por los chillidos del color ni por el arabesco del dibujo, puede alararse. Al contrario,

es un sentimiento de repugnancia lo que experimentamos al contemplar esa estilización de revista de modas.

Bilbao, López Mezquita, son de una mediocridad quizás diferente y que no marcha perfectamente a la par, aunque la finalidad del trozo de pintura, mejor o peor ejecutado lo sea. Son los ejemplos típicos del profesionalismo, que luego será coronado por la Academia.

Roberto Domingo quizás sea el pintor más pintor de esta muestra, de una honestidad de proceder a toda prueba. Sus gouaches, un poco frías y negras, a pesar de ello demuestran cabalmente que es un estudioso ferviente de la naturaleza y que ama el oficio y la materia por sí misma, sin desbordarse en preciosismos. Ramón Carazo también merece citarse, por cierta plasticidad rica y jugosa.

Ahora quedan los otros, que si no forman el montón anónimo y si se pudiera destacar algunos nombres, sus producciones no incitan al comentario. Los otros, con quienes perdiéramos el tiempo glosándolos, lo hicimos porque era importante establecer ciertos valores en su justo lugar.

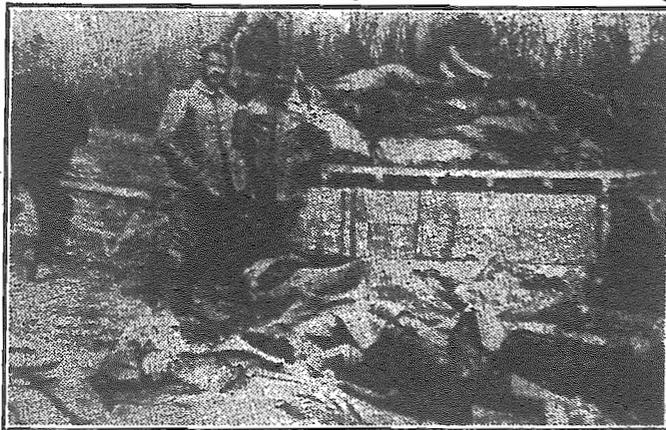
Los sucesos búlgaros y sus causas

Havé algunas aclaraciones sobre los recientes sucesos acaecidos en ese país, casi desconocido para los de acá, a fin de que puedan formarse un juicio aproximado de las causas que hubieron de darles origen a ellos.

Después de la gran guerra — la situación del pueblo búlgaro se agravaba cada vez más. Bulgaria, país vencido, debía pagar grandes contribuciones a la Entente, teniendo que devolver a los países enemigos animales, muebles, máquinas, locomotoras y coches, destrozados por el ejército búlgaro. La vida económica del país se hallaba completamente en ruinas; los artículos de primera necesidad habían alcanzado precios fabulosos y la mayoría de las familias carecían de lo más necesario para la vida. Los campesinos fueron los que más sufrieron durante la guerra; no tenían con qué cultivar la tierra, pues todo se había sacrificado a la patria, esa misma que les masacraría

chevistas y se decía que con toda seguridad pronto el ejército rojo pasaría el Danubio. La burguesía se encontraba incapaz de organizarse y oponer la más débil resistencia, a fin de detener la ola revolucionaria. Habiendo perdido la confianza del pueblo, apeló a Stambulinsky para que se hiciera cargo del gobierno, salvándolo así a las clases dirigentes del inminente peligro de la revolución.

Stambulinsky, con sus pujos demagógicos, y mostrándose revolucionario de empuje, discursaba sobre la libertad y la justicia. Pretendía comprometer a la burguesía a pagar todas las contribuciones y los gastos de la guerra y que también repartiría los grandes latifundios entre los campesinos, pero acusaba a los elementos obreros de estorbar la emancipación de los campesinos. Con esa táctica consiguió desviar la lucha de su verdadero camino. Entonces la masa campesina, en vez de luchar contra la burguesía



Entierro de proletarios

ahora como bandidos, traidores y enemigos; les faltaban arados, carros, semillas y etcétera.

En los primeros años después de la guerra, 1919-1920, se estaba difundiendo un entusiasmo muy grande por la revolución; se vivía en un período verdaderamente revolucionario; se hablaba con toda franqueza entre el pueblo y por casi todos, contra la burguesía, contra el gobierno y contra el régimen actual. Los días gran favorables a la revolución rusa, pues se ignoraba la defección de los bol-

del campo y la ciudad, empezó a luchar contra los proletarios de las diversas industrias. Durante todo el tiempo de su gobernación, Stambulinsky, de una manera o de otra, pudo dominar al pueblo campesino. Los comunistas fueron los bomberos que trataron de apagar el fuego revolucionario, abrigado por el proletariado de las ciudades. Con sus métodos de centralización y oportunismo, política y parlamentarismo, calmaron, consiguieron matar el espíritu subversivo de

# Conceptos

la masa popular. Sobre eso volveré a hablar otra vez

Stambulinsky y su partido agrario en el campo y las aldeas, así como el partido comunista, que agrupaba los elementos de la industria, fueron los que salvaron a la burguesía de ese momento crítico. De este modo ellos, los pseudo rebeldes y revolucionarios, firmaron sus propias sentencias.

Instalado Stambulinsky en el poder por una mayoría de votos en las elecciones, y hallándose dominado por la manía de gobernar todo el tiempo que le fuera posible, empezó a desarmar al pueblo. Es que se habían conservado muchas armas traídas de la guerra. Esta determinación gubernativa dió lugar a choques entre la policía y los anarquistas, quienes fueron los únicos que quisieron contrarrestar esta actitud nefasta del gobierno. Uno de los choques más sangrientos fué el de Jambul, el 26 de marzo de 1923. La refriega duró tres horas, siendo vencidos los libertarios. Luego fueron ejecutados por la noche, empleándose una ametralladora, 26 de los más activos compañeros.

Después, poco a poco la burguesía empezó a recuperar sus fuerzas, hasta que pudo dominar el campo político, demostrando bastante ferocidad y deseos de revancha. Por fin, viéndose fuera de peligro, pues nada podía temer del pueblo, que se hallaba inerte, completamente desarmado, contando ya con la ayuda incondicional de los militares, se decidieron a provocar una emergencia, a fin de ultimar al partido de los campesinos. Esto aconteció el 9 de junio de 1923. De esta manera fué cómo pudieron apoderarse del gobierno.

Temiendo, además, que el partido comunista pudiera competir con ellos en las urnas, y, al reunirse con la diezmada fracción de los campesinos, volvieran a quitarles el poder, fraguaron un plan a fin de hacerlos desaparecer. Esto dió otra vez lugar para que se llevara a cabo la revuelta de septiembre de 1923.

Sorprendidos los comunistas, sin que pensarán en resistirse, ni se habían preparado para cualquier conato revolucionario, fueron muy fácilmente derrotados por los esbirros y demás fuerzas reaccionarias. La única resistencia que hubo de encontrar el gobierno fué en ciertos sitios de la provincia, donde las masas obreras eran influenciadas y casi guiadas por reducidos grupos de anarquistas, entre los que formaban parte compañeros como Vrasze, Ferdinand Bercodisza, Starra, Zagoza, Pazasdliv y otros más. Allí fué donde los militares descargaron toda su furia homicida, saciando sus instintos criminales. Las barbaridades de un refinamiento feroz, fueron inauditas y creemos que nunca se cometeron mayores y de una intensidad tal. Con sádico placer, se entretenían en cortarles a las víctimas las orejas, primero, y luego, con lentitud, la nariz. Después les hacían saltar los ojos, mientras les obligaban a gritar *¡viva la patria! ¡viva la democracia!* Luego les ultimaban, según ellos las piernas y los brazos. Después de incendiar las casas, traían la banda de música y obligaban a las familias de los victimados a que danzaran alrededor de sus deudos, convertidos en pingajos y piltrafas sangrientas.

De entonces data el poderío incontrastable de los militares. Se empezó a fusilar en masa a la mayoría de los revolucionarios activos, acosaron todas las organizaciones obreras, creando contra ellas la famosa ley de las Z.Z.Z., es decir de las tres zetas, por la cual, en defensa del Estado, quien se atreviese a opinar mal del gobierno era considerado traidor y por lo tanto juzgado por los tribunales militares, que los fusilaban o encarcelaban, como más le pluguiera a los jueces.

El pueblo, entretanto, diezmado en sus hombres mejores, que oponían alguna resistencia a la avalancha reaccionaria; completamente empolvorado por la guerra, sufriendo la más lancinante miseria, aniquilado por las revoluciones, hambriento, totalmente esclavizado y casi moribundo, soportaba con cierto estoicismo y firmeza tal estado de cosas.

La burguesía, en cambio, que durante la guerra acumuló fabulosos capitales, amasó fortunas colosales, no se avino, ni quiso sacrificar algo de ese dinero para pagar los gastos del gobierno, que se le extorsionaba al pueblo, para luego mantener ese enorme cuerpo de voluntarios *militedonzy* (la organización reaccionaria macedonia, que ayudó y sigue ayudando

al gobierno), así como los restos del ejército del general Wrangel. Pero una buena parte de esas sumas eran, asimismo, olvidadas por el pueblo en forma de contribuciones. Estas, aplicadas a los campesinos y pequeños propietarios fueron aumentando de volumen y peso, hasta que pocos pudieron cumplir con los pagos que se les exigía.

He ahí cómo se expresa y en qué términos, el diario "Slovo", uno de los más reaccionarios de Bulgaria: "Según las últimas informaciones llegadas hasta nosotros, solamente el 12 0/0 de los contribuyentes han pagado hasta ahora los im-

na, se vendían mucho más baratas que la harina expendida por los molineros búlgaros.

En esta situación tan angustiosa, el espectro del hambre vino a cernirse en todos los hogares del pueblo. A éste, entonces, se le presentó un dilema: o perecer de inanición, dejando que triunfasen sus verdugos, quienes se abogaban en abundancia, o disponerse a morir, sublevándose contra el régimen sanguinario del canibal Zancoff, a fin de conquistar la libertad al precio de sus vidas.

Y fué esta la actitud que asumió el pueblo búlgaro. Las causas del levanta-



puestos; los restantes 88 0/0 se quedaron imposables y no se les pudo sacar ni un centavo. Dadas las necesidades del gobierno, se verá obligado a servirse de medios violentos a fin de que cumplan con la ley de contribuciones"

Esta amenaza fué llevada a cabo al plé de la letra y con todo rigor. El gobierno empezó a quitarle hasta lo más necesario a los pobres trabajadores. A cada negativa de pago que recibían los esbirros, los morosos eran considerados como ciudadanos rebeldes, conspiradores contra la patria, y se les metía en la cárcel. Con este método tan drástico de cobrar las deudas, el gobierno tuvo contra sí toda la masa trabajadora. Los que quedaron defendiendo el gobierno, fueron los voluntarios y los militares, los jueces, los policías, en fin, toda aquella casta de parásitos para la cual la derrocación del régimen capitaneado por Zancoff, significaría su misma ruina.

Los gastos ocasionados por los diversos ministerios y especialmente el de la guerra, así como las cuantiosas erogaciones para sostener la policía y el andamiaje de la justicia, absorben la mitad de los gastos generales de Bulgaria.

Para colmar todas las calamidades, llega la sequía. Las poblaciones campesinas, después de una faena pesadísima, que empezaba desde la madrugada hasta el anochecer, apenas llegaron a cosechar la mitad de lo que hablan sembrado. A pesar de todo, los negociantes no dejaron escapar la coyuntura — feliz para ellos, y ruinosa y desgraciada para los demás — y empezaron a acaparar, tratando de exportar la mayor parte del trigo, alzando los precios a alturas inverosímiles. Para esta obra nefasta; el gobierno les prestó todo su apoyo. A veces, pequeñas cantidades de harina, exportada desde la Argen-

miento radican, pues, en la opresión, la miseria y el hambre, y no en la futilidad de una acción emanada de Moscú, cuyos jefecillos y dirigentes no son menos verdugos que los de Bulgaria. Estriba en la situación insoportable que hubo de aguantar la población, viéndose fusilada en masa, incendiadas sus viviendas, ahorcados y martirizados los más dignos y rebeldes, y maltratada en todo tiempo; y no los partidos políticos, los cuales, tildándose de "revolucionarios", explotan la revolución para su personal provecho.

Es el anhelo de hallarse libres — tanto económicamente como en las cosas espirituales — y poder disfrutar ampliamente del fruto de su trabajo, por lo que se decidió el pueblo a perecer o a triunfar, hartos ya de su situación de esclavo e instrumento de guerra y trabajo para los poderosos. La metafísica marxista no pudo influir un ápice en su decisión.

Probablemente se lucha ahora, no para suplantarse un gobierno por otro, sino contra todos los gobiernos.

Pero, a fin de justificar sus barbaridades ante las potencias que se hallan en el seno de la Liga, Zancoff y su séquito pretentan que los revolucionarios búlgaros son ayudados por los moscovitas, con el objeto de armarse y aumentar los efectivos del ejército y de la policía. La prueba de que ese aserto es una mentira descarada, está demostrada por el hecho de que los bolcheviquis dejaron abandonados a los verdaderos revolucionarios que emigraron a Serbia después de la revolución de septiembre de 1923.

Sabe el verdugo Zancoff que izando el fantasma bolcheviqui podrá conoconclonar a las potencias, infuncliondoles miedo por lo que a ellas también podría sucederles.

St. DANEF

Entre el principio de autoridad en que se fundamentan todos los partidos políticos sin excepción alguna, desde los llamados marxistas hasta los más democráticos y absolutistas, y el principio de libertad que sirve de norma y de base moral y social al movimiento anarquista existe una disparidad e incompatibilidad en la concepción e interpretación de los hechos y de las cosas, que no es posible confundirlas ni amalgamarlas en nada ni para nada, porque las manifestaciones del espíritu que anima y caracteriza la acción y la obra de los hombres y de los pueblos inspirados por los principios del autoritarismo o de la libertad, son tan distintos por sus consecuencias morales y sociales, que no puede existir armonía ni equilibrio social en las relaciones de convivencia entre los hombres, porque la autoridad es un límite arbitrario de los hechos y de las cosas, es una negación del progreso y una abstracción de la conciencia humana.

Pero dejemos ese aspecto y vamos a tratar de poner de relieve el motivo esencial que nos aleja y nos distingue a los anarquistas de todos los partidos políticos y tendencias autoritarias. En primer lugar, podríamos citar miles de hechos que demuestran y constatan que, en todas las épocas de la historia y al través de todas las formas o sistemas de convivencia social que ha recorrido la civilización humana, siempre hemos notado que esos movimientos se han operado al margen de las instituciones autoritarias, hay más todavía, podríamos demostrar que en todas las épocas, el único enemigo de todo movimiento civilizatorio ha sido siempre las instituciones fundadas sobre el principio de autoridad. En segundo lugar, podemos decir que el móvil esencial de todos los movimientos de civilización, ha estribado siempre en la necesidad de un mayor grado de libertad, esto es, que el espíritu propulsor que ha precedido la conquista de la civilización, ha sido siempre el de la libertad. Esto nos demuestra que en todos los tiempos los pueblos han tenido la clara intuición de que únicamente en el mayor grado de libertad estriba el mayor grado de felicidad y de bienestar social.

Y, en tercer lugar, se comprende las razones expuestas que, si en realidad convenimos en que se ha operado un movimiento de civilización humana, debemos reconocer que se ha efectuado a pesar de las instituciones autoritarias, que las fuerzas vivas y las conquistas de la civilización no están representadas ni existen en virtud del principio de autoridad del Estado, del clero o del capital, y sus instituciones, sino que ellas existen y se desenvuelven por intermedio de las ideas morales y de los sentimientos de solidaridad que hacen posible la vida social de la humanidad.

Concretando, diremos que nada ni nada podrá torcer los destinos humanos ni heroicas ni con decretos; la civilización y la felicidad no están en los códigos ni en la violencia; nadie hará a los pueblos libres y aptos para la vida con decretos e imposiciones autoritarias, en una palabra, la civilización y la libertad no se decretan, se conquistan. Si el Estado decretara mañana la abolición de la explotación del hombre por el hombre, tener la seguridad que la explotación estará más afianzada que nunca y se desarrollaría con más descaro, porque no se ve ni se es lo que el Estado quiera, sino que se lleva dentro de sí mismo.

El Estado podrá ordenar lo que se antoje, y no por eso los hombres dejarán de ser lo que en realidad son. Cuando los pueblos y los hombres sienten la necesidad de su libertad o de obrar de acuerdo con sus ideas y sus sentimientos, hay nada ni nadie capaz de impedirlos. ¡Qué ridículo! es entonces la autoridad. Lo que no se conquista con los propios esfuerzos, no se posee.



ceptos

o de autoridad en que todos los partidos políticos alguna, desde los liberales hasta los más democráticos, y el principio de la norma y de la ley. El movimiento anarquista y la incomprensión de la interpretación de las cosas, que no es posible amalgamarse en una sola que las manifestaciones de la vida y carácter de los hombres y de los principios de la libertad, sus consecuencias morales no puede existir esta relación social en las relaciones entre los hombres y la autoridad es un límite y de las cosas. El progreso y una abstracción humana.

Este aspecto y vamos a ver el motivo esencial y nos distingue a los partidos políticos autoritarios. En primer lugar miles de hechos constatan que, en la historia y al través de los sistemas de control y de la civilización que hemos notado que se han operado al margen de las autoridades. Podríamos demostrar que el único enemigo del progreso y de la civilización han sido las instituciones fundadas por la autoridad. En segundo lugar que el móvil esencial de los movimientos de civilización siempre en la necesidad de libertad.

El espíritu propulsor que conquista de la civilización y de la libertad que se da en todos los países han tenido la claridad y la fuerza en el mayor grado de bienestar social.

Por lo tanto, se comprende que, si en realidad se ha operado una transformación humana, debe haberse efectuado a través de las instituciones autoritarias y las conquistas de la libertad representadas en el principio de autonomía del clero o del capitalismo que ellas existieron por intermedio de los sentimientos de lo posible la vida social.

Como nada ni nada de los destinos humanos y la civilización que se harán a los pueblos de la vida con decretos autoritarios, en una palabra y la libertad no están. Si el Estado de explotación está en la explotación y se desarrolla, porque no se ve el Estado quiera, sino de sí mismo.

ordenar lo que se de los hombres de la realidad son. Cuando los hombres sienten la necesidad de obrar de acuerdo a sus sentimientos, son incapaces de impedirse entonces las autoridades autoritarias con los propios.



# VIDA CIENTÍFICA

## ¿Cuál es el origen de la vida?

(Conclusión)

Pasteur se propuso responder al llamado de la Academia; en la misma memoria de Pouchet subrayó los pasajes que deseaba abordar experimentalmente. En primer lugar, filtrando el aire por algodón pólvora contenido en un tubo y disolviendo la nitrocelulosa en éter, pudo recoger numerosos esporos y gérmenes variados, demostrando así, inconcusablemente, la presencia de microorganismos que, antes de él, ya se había supuesto. Demostró también que el mercurio de la tuba, la mano del experimentador y los instrumentos empleados sin previa esterilización son copiosa fuente para contaminar los medios de cultivo.

El 1861, pudo demostrar Pasteur que si se hierve un líquido putrescible en un frasco que tenga el cuello varias veces recurvado, las gotas del líquido, condensadas en las curvaturas, bastan para destruir los gérmenes del aire e impedir la putrefacción y que si se hace llegar el líquido condensado y contaminado al interior del frasco, se produce la putrefacción.

Un ilustre físico inglés, Tyndall, ideó una demostrativa experiencia acerca de estos mismos puntos: basándose en el hecho de que cuando penetra un rayo luminoso a una cámara oscura es visible solamente porque las partículas suspendidas lo difractan, construyó una caja con uno de sus lados de cristal y con dos ventanas laterales que permitieran el paso de la luz; en el fondo de la caja estaban dispuestos diversos tubos con medios de cultivo. Embarrando las paredes interiores de este aparato con una materia viscosa, como la glicerina, es posible preservar al aire de todos los cuerpos que lleva suspendidos, lo que puede comprobarse si haciendo pasar un rayo luminoso resulta invisible en esta atmósfera; se hierve entonces el líquido de cultivo contenido en los tubos y con esta esterilización previa, se ve que puede quedar limpio por tiempo indefinido. La recolección aséptica de los líquidos orgánicos ha demostrado también que ningún ser se forma espontáneamente en ellos, como presumió Aristóteles en épocas en que era permitida tal suposición.

La ciencia no conoce un solo caso de generación espontánea, y la vida, hasta donde nos es dable estudiar este punto, tiene su origen en la misma vida transmitida de unos a otros seres.

Pero este hecho indudable deja intacto el problema científico del origen de la vida y para llenar este vacío los sabios han emitido hipótesis más o menos ingeniosas que brevemente examinaremos:

El Conde Sales-Guyon de Montlivault imaginó desde 1821 que la vida terrestre provenía de la cósmica, y que de otros planetas eran originarios los gérmenes que se han desarrollado en el nuestro; tal afirmación, carente de bases en que apoyarse, cayó en el olvido hasta que un hombre ilustre, Sir William Thompson, la volvió al tapete de la discusión asentando la posibilidad de que, al destruirse

otros mundos y dispersarse en el espacio sus restos condujeran gérmenes vivientes; el eminente Arrhenius y el genial físico Helmholtz se adhieron a esta suposición y un prestigiado maestro de la Botánica, van Tieghem, dice con elocuencia: "La vegetación terrestre no es sino una isla emergida, los gérmenes que provienen de otros mundos. Se ha pretendido que la Tierra está aislada en el espacio, pero la evidente caída de los meteoritos está ahí para desmentirlo; basta que una vez algunos gérmenes encerrados en un meteorito o transportados por otro medio, hayan llegado cuando la tierra estuvo convenientemente enfrida, para que todo provenga de esos gérmenes positivos. La vegetación de la Tierra ha tenido un principio y tendrá un fin, pero la vegetación del Universo es eterna como el Universo mismo".

Para admitir o para desechar esta hipótesis se han efectuado importantes estudios que no podemos citar en detalle y sólo recordaré que el choque de dos planetas originaría, no tan sólo su destrucción, sino la transformación de la energía en una cantidad tan portentosa de calor que esterilizaría completamente todos los fragmentos proyectados en el espacio y que el mismo Pasteur, en presencia de Stanislas Mounier, efectuó tomas asépticas del meteorito de Orgueil, que ha servido de base a esas hipótesis panspermistas, pero todas sus siembras dieron resultados negativos; hay otro argumento de mayor peso y es la acción letal de los rayos ultravioletas, pues según numerosos investigadores, a las seis horas de exposición a estas radiaciones perecen los esporos más resistentes que conocemos y con razón concluye Paul Becquerel que "La supuesta diseminación es imposible", pues, aun suponiendo que los fragmentos portadores de gérmenes viajaran con portentosa velocidad, se necesitarían muchos días para que salvaran la distancia que media entre la Tierra y los planetas más próximos y muchos años y aun muchos siglos para que nos llegaran de Neptuno o de alguna de las estrellas más próximas a nuestro sistema planetario.

Los estudios paleontológicos suministran datos importantísimos con respecto al punto de que tratamos y de ellos se desprende que hubo una época en que la tierra terrestre por su elevadísima temperatura era impropia para sustentar la vida, pero que en el inmenso período precambriano, que, tomando las cifras más bajas, duró más de treinta millones de años, apareció la vida y que, como decía el eminente botánico belga Léo Herrera, "... estos seres primitivos no se derivaron de organismos preexistentes, sino que deben de haberse formado a expensas de compuestos de carbono; de hidrógeno, de oxígeno y de nitrógeno, tomados del medio ambiente"; un abate sabio, Maumus, en su libro "La Cellule", afirma

que "... no hay ninguna razón biológica o físico-química que se oponga a que los organismos inferiores hayan aparecido en los océanos que bañaban las rocas del sistema arqueano, puesto que el protoplasma está esencialmente constituido por agua y, en consecuencia, toda estación no acuática sería inadecuada para una masa tan pequeña, para la célula". Los primitivos seres fueron, pues, protozoarios muy sencillos, totalmente diversos de los actuales y aparecieron, en aquellas condiciones físico-químicas peculiares y únicas, no en virtud de una fuerza vital nunca demostrada, de una energía jamás medida e irreversible, sino por la acción de fuerzas físico-químicas sin que sea necesario invocar la intervención de ninguna misteriosa fuerza, que ningún convencimiento llevaría a nuestra mente y que nos colocaría, como dice espiritualmente Constantin, en la situación de un salvaje que, para explicar el teléfono, imaginara una fuerza telefónica: Si cada ser de los que existen actualmente es, como ya se ha dicho, tan antiguo como la vida misma y si durante los muchos millones de años en que esta vida se ha transmitido sin interrupción, han obrado numerosos factores sobre los coloides que posiblemente constituyeron, por desconocidas y enormes modificaciones transmitidas por la herencia, lo que andando el tiempo dió origen a esa extraordinaria maravilla de complejidad y delicadeza, a

la célula, no vemos ni siquiera la manera de aplicar la experimentación en nuestros laboratorios para dilucidar este problema, puesto que el único punto de comparación que podríamos encontrar, serían las unidades vivientes actuales, que son, aun en sus formas más aparentemente simples, el producto de un inmenso trabajo evolutivo, desarrollado durante más de sesenta millones de años, de adquisición y de pérdida de caracteres, bajo la influencia de condiciones siempre variables, durante períodos geológicos inmensos, de manera que aun suponiendo que lográramos sintetizar en nuestros laboratorios la materia viviente primordial, sería tan diversa de la que ahora conocemos, que careceríamos de punto de comparación para reconocerla y con respecto a las estructuras obtenidas artificialmente por medio de crecimientos osmóticos, como desde hace más de medio siglo lo intentó Traube, sólo puede considerarse como un inocente pasatiempo haber logrado que algunas personas indociles hayan tomado por plantas las membranas semipermeables obtenidas, explicables por las bien conocidas leyes de la osmosis.

La generación espontánea, más que una verdad científica demostrada, debe considerarse como el postulado filosófico que mejor concuerda con las leyes que rigen el Cosmos.

ISAAC OCHOTERENA

**RUDOLF ROCKER**  
**LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO**  
 (Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín. Verlag "Der Syndikalist")

(Conclusión):  
 La lucha proletaria contra el estancamiento del privilegio.—

¡Cuánto tuvo que contender, por ejemplo, la clase obrera inglesa para obtener el derecho público de su organización! Las famosas leyes de 1799-1800 habían hecho imposible a los trabajadores las asociaciones públicas para defender sus intereses económicos contra la avaricia ilimitada del capitalismo. Por tanto debieron agruparse en corporaciones secretas para dirigir la lucha por el pan cotidiano y hacer valer sus demandas. Pero ¡cuán grande fue el número de los que cayeron en los anillos de la ley y fueron deportados por vía administrativa, es decir, sin proceso ni debate judicial público, a las colonias penales de Australia para no volver a ver el país nativo! Toda contravención de la letra de la ley fue penada con monstruosos castigos. Y aun después que en 1824 fueron reconocidas legalmente las Trade Unions, las espantosas persecuciones no cesaron. Jueces sin conciencia, que defendían de la manera más franca y más cínica los más brutales intereses de clase, dictaron sobre los trabajadores insubordinados centenares de años de presidio y pasaron décadas antes de que interviniera un estado de cosas más soportable. Sin embargo los obreros debieron quedar siempre alerta para protegerse contra nuevos ataques, que continúan hasta este último tiempo.

Y el proletariado francés, ¿no tuvo que hacer los mismos sacrificios para conquistarse el derecho de organización? Hasta la "convención revolucionaria" le negó ese derecho y amenazó con la pena de muerte toda contravención. Tan sólo la revolución de 1848 dio a la clase obrera francesa el derecho de coalición, que tuvo en la declaración famosa del gobierno provisorio, planeada por Luis Blanc, la siguiente expresión: "El gobierno provisorio de la república se compromete a garantizar la existencia del obrero por el trabajo. Se compromete a proporcionar trabajo a todos los ciudadanos. Reconoce que todos los trabajadores deben asociarse entre sí para disfrutar del producto de su trabajo".

Pero los trabajadores no pudieron disfrutar largo tiempo de ese derecho, pues cuando, después de la terrible sangría de la batalla de junio, Luis Bonaparte subió a la presidencia de la república, todas esas conquistas quedaron en la nada, y los rudimentos de las organizaciones obreras rápidamente desarrolladas cayeron víctimas de aquella infame ley que limitó el número de los miembros de una organización a veinte y prohibió toda relación entre las diversas organizaciones. Con ello se restableció el estado de cosas anterior a 1848. En 1864 el gobierno imperial, ciertamente contra su voluntad, reconoció a los obreros el derecho a hacer huelga, pero no les permitió fundar sociedades, sin las cuales el derecho de huelga tenía poca importancia. Pero los obreros, que habían arrancado el derecho de huelga al gobierno al pasar por alto la prohibición de suspender el trabajo, de manera que el gobierno fué colocado ante hechos cumplidos que no podía ya impedir, conquistaron también el derecho de organización, al pesar por alto sencillamente, no obstante todas las persecuciones, la ley que prohibía las relaciones sindicales. Después de la derrota de la Comuna de París, desde 1871 a 1878, el gobierno republicano trató de suprimir esas relaciones con todos los medios, pero ni las más grandes persecuciones fueron capaces de hacer que los trabajadores se sometieran a la letra de la ley, hasta que por fin en 1886 debió ser reconocido legalmente el derecho de asociación, no obstante imponerse aún bastantes limitaciones a las organizaciones. Sin esas continuas luchas del proletariado en pro de su derecho de asociación no habría aún en la república francesa ningún derecho de coalición. Tan sólo cuando los trabajadores pusieron al parlamento ante hechos cumplidos, se vio el gobierno en la necesidad de reconocer la nueva situación y de sancionar legalmente los sindicatos.

¡Y qué duras y sangrientas luchas tuvo que librar el proletariado español antes de obtener de los gobernantes de su país el derecho a la organización. En la provincia de Cataluña existían ya desde 1840 organizaciones sindicales, especialmente en la industria textil, fundadas por



el tejedor. Muntz. El gobierno no opuso al principio a esas asociaciones ninguna resistencia, pero unos años más tarde se permitió de repente las organizaciones obreras con la fuerza militar. Los trabajadores se agruparon en asociaciones secretas que hallaron una difusión cada vez mayor, hasta que en 1855 el general Zapatero, un tenebroso reaccionario de fatal memoria, puso en juego las medidas más draconianas para sofocar en germen las asociaciones secretas de los trabajadores, cuya fuerza ciertamente no conocía. Entonces resolvieron los obreros una huelga general, y el 2 de junio de 1855 cincuenta mil proletarios abandonaron las fábricas. Desde Barcelona se extendió el movimiento por casi toda Cataluña. En Sanz, Igualada, y Vich se produjeron choques sangrientos que asumieron el carácter de una sublevación armada. En Barcelona los obreros habían escrito en sus banderas el lema: "Asociación o muerte".

La situación se volvió muy crítica para el gobierno, tanto más cuanto que en las provincias vascas había estallado por entonces una sublevación carlista. El gobernador de Barcelona se dirigió por fin a los trabajadores en un manifiesto enterrecido y les conjuró a suspender la huelga, pues el gobierno baría todo para satisfacer sus demandas. Los obreros suspendieron entonces la huelga al noveno día, pero las promesas que se les había dado fueron quebrantadas de una manera despreciable y toda Cataluña fué inundada militarmente. Un cierto número de trabajadores fueron fusilados, centenares de ellos fueron arrojados a las prisiones o deportados a Filipinas.

Pero las sublevaciones se repitieron hasta que el gobierno en el curso del mismo año tuvo que decidirse a ceder a las demandas de los trabajadores, lo que al principio no ocurrió sin todas las prevenciones posibles, con lo cual los obreros debieron conquistarse trozo a trozo, literalmente, sus derechos. Y hasta después, cuando los proletarios tuvieron garantizado legalmente el derecho de coalición, les fué quitado de nuevo con frecuencia, por medio de las leyes de excepción y por la proclamación de la dictadura militar, de manera que han tenido que volver constantemente a la arena en defensa de sus derechos.

Nos llevaría muy lejos el querer registrar aquí todas las luchas que tuvieron que sostener los trabajadores en otros países para conquistarse determinados derechos políticos que servirían como fundamento a sus organizaciones. Todos esos derechos y esas libertades debieron ser arrancados directamente a las clases dominantes en infinitas luchas. Eso ocurrió siempre con resistencia interna y sólo cuando el descortado de las masas asumió grandes dimensiones y se manifestó en acciones revolucionarias que forzaron al gobierno a ceder. Como el capitalismo no aseguró por impulso propio a los trabajadores el más insignificante mejoramiento y éstos tuvieron que ser forzados siempre por la acción obrera, tampoco ningún gobierno otorgó a sus ciudadanos derechos y libertades políticas por libre iniciativa. Esos derechos tuvieron que ser conquistados más bien en continuas luchas con la autoridad del Estado y a menudo pasaron años antes de que las masas se sintieran bastante fuertes para romper la resistencia del gobierno e imponer sus demandas.

Es por tanto un completo desconocimiento de los hechos históricos cuando se defiende el punto de vista de que los derechos y las libertades políticas, más o menos usuales en los llamados Estados constitucionales, no tendrían ningún valor porque los gobiernos no los habrían sancionado y confirmado nunca legalmente en vano. Pero esas derechos no fueron concedidos porque eran simpáticos para el gobierno, sino porque fueron forzados por la presión de las circunstancias exteriores, porque el pueblo lo colocó ante hechos cumplidos que no se podían considerar como no acontecidos y que debieron ser sancionados forzosamente para darles un barniz legal. De otro modo el pueblo habría podido llegar fácilmente a la idea de que esas conquistas tenía que agradecerlas a su propia energía y no a la gracia de su gobierno.

**El origen de todos las conquistas obreras.**

Los derechos y las libertades políticas no son conquistadas en los parlamentos, los parlamentos son obligados a conceder

las desde afuera. Hasta su garantía legal está lejos de ser una garantía de que lo que bajo ciertas circunstancias fué sancionado legalmente, tenga existencia. ¡No y mil veces no! Lo mismo que el capitalismo trata de hacer ilusoria en la primera ocasión toda concesión hecha forzosamente a los trabajadores en cuanto le parece estar en una situación favorable para ello y en cuanto se hacen ver signos de debilidad en las organizaciones obreras, lo mismo los gobiernos están inclinados siempre a suprimir ciertos derechos y libertades políticas, cuando creen deber suponer que no se les opondrá fuera ninguna resistencia digna de mención.

Esa es también la causa por la cual hasta en los países donde han arraigado en el pueblo desde hace largos años ciertos derechos, como por ejemplo la libertad de prensa, el derecho de reunión, la libertad de coalición, etc., el gobierno ha intentado siempre limitarlos o darles otra interpretación mediante sutilezas jurídicas. Inglaterra y América del Norte nos han dado alguna buena lección en ese concepto. Los derechos no existen porque están escritos en un trozo de papel, no; los derechos existen sólo cuando se convirtieron en una necesidad ineludible del pueblo y han pasado a la carne y la sangre de éste por decirlo así. Y se les tendrá en cuenta mientras exista viviente en el pueblo esa necesidad. Donde no es así, nada vale la oposición parlamentaria ni la apelación a la Constitución.

Nosotros tenemos un ejemplo clásico de la exactitud de nuestra afirmación en la famosa "Constitución de Weimar". La Constitución de Weimar, que se califica con orgullo de la más libre del mundo, garantiza a sus ciudadanos desde el punto de vista de la sociedad burguesa, en realidad bastante amplios derechos y libertades. Pero esos derechos sólo tienen el pequeño inconveniente de que no se pueden utilizar nunca cuando más necesidad se tiene de ellos, pues cada día de lluvia, por decirlo así, se suprime la Constitución y se proclama el estado de sitio sobre el país y los ciudadanos. Y hemos tenido que experimentar que hasta la "tropa de defensa de la república", la socialdemocracia alemana, no ha vacilado en poner el llamado poder de Estado en manos de los generales porque la patria estaba supuestamente en peligro. Y cuando no estará la patria en peligro si nuestros gobernantes tienen un interés en ello?

Sucede a los buenos alemanes con la Constitución de Weimar como a los franceses con su famosa legislación democrática de 1793, que como se sabe no entró nunca en vigor. Se enseña al pueblo en los grandes días de fiesta, como enseña el sacerdote católico a los creyentes el cáliz, por un momento, en las iglesias, para luego volverlo cuidadosamente a guardar en el sagrado armario.

**Palabras de Kropotkin.**

Los derechos y las libertades políticas sólo tienen un valor práctico cuando se han convertido en costumbre interna para un pueblo y todo intento de dañarlas debe contar con la más violenta resistencia de las masas. El respeto sólo se impone cuando se sabe defender la dignidad humana. Eso no sucede sólo en la vida privada, sino también en la vida política. Por esta razón las hondas palabras que escribió Kropotkin hace casi medio siglo, tienen aun hoy su exactitud. Si, es verdad:

"Si queremos tener la libertad de hablar y escribir lo que nos plazca, si queremos reunirnos y organizarnos, no debemos pedir el permiso a un parlamento, no debemos mendigar una ley al Senado. Seamos fuerza organizada, capaz de mostrar los dientes siempre que alguien se atreva a limitarnos nuestra libertad de palabra y nuestro derecho de reunión. Seamos fuertes y podremos estar seguros que nadie se atreverá a disputarnos el derecho a hablar, a escribir, a imprimir lo que queramos y a reunirnos cuando y dónde nos plazca. El día que hayamos logrado crear entre los explotados una unidad bastante fuerte como para que estén listos millares de hombres a entrar en la lucha por sus derechos, o a defenderlos, ese día nadie se atreverá a disputarnos esos derechos y otros muchos que podremos exigir después. Entonces, y sólo entonces, habremos realmente conquistado esos derechos por los que mendigáramos a los parlamentos largos años. Entonces nos serán garantizados esos derechos de

otro modo a como si estuvieran escritos en un trozo de papel. Las libertades no se dan, se toman!"

Pero eso sólo es posible cuando estemos dispuestos en todo momento a defender la más pequeña conquista contra todo ataque reaccionario, y si obramos incansablemente para despertar en las masas la comprensión para la necesidad absoluta de determinados derechos políticos y libertades. Pues sólo esa necesidad es capaz de moverlas a la percepción y defensa de sus derechos. Pero eso no ocurre en los parlamentos, para ello están llamadas a primera línea las organizaciones económicas de los trabajadores, que deben simultáneamente servirles de baluarte para hacer valer sus exigencias.

Calificar como inútiles y accesorios los derechos y las libertades políticas para la clase obrera porque son garantizadas legalmente por una Constitución, sería tan absurdo como querer rechazar las mejoras de las condiciones de trabajo porque son reconocidas y confirmadas oficialmente por el capitalismo. ¡No es que los gobiernos se hayan decidido a garantizar ciertos derechos al pueblo, sino que han debido decidirse a garantizarlos! Aquí está el germen de la cosa. El que no comprende esa conexión, no será nunca capaz de pronunciar un juicio claro sobre ese problema, aunque suceda que desde la torre de la iglesia del "principio puro" esas cosas no tengan valor para los trabajadores.

**El mal menor.**

Es un fenómeno completamente natural que cuando un hombre tiene que decidirse entre dos males, elige el menor. Esa máxima tiene vigor también en la vida política y social. Cuando tenemos que decidirnos entre cosas que están tan lejos de la satisfacción de nuestros más íntimos deseos, preferimos, a pesar de todo, la cosa que nos parece relativamente mejor y que nos asegura las mayores ventajas. Y como vivimos en la sociedad actual, sin poder cambiar nada en el hecho mismo, estamos obligados a tomar posición con respecto a los diversos problemas que plantea la vida práctica. Si no hacemos eso, no debemos maravillarnos si los demás no nos atribuyen valor y obran sin temernos en cuenta. Pero tal misión sería la más vergonzosa para los revolucionarios.

Cuando, por ejemplo, estamos ante la elección de las ocho o las diez horas de trabajo, entre un salario mejor y otro peor por nuestra labor, nos decidimos naturalmente por las ocho horas y por el mejor salario. Sin embargo, sabemos bien que con eso no se modificará absolutamente la existencia de la esclavitud del salariado a la que continuaremos sometidos. Pero nos hemos decidido considerando que dos horas menos de "esclavitud" y un salario que nos permite satisfacer mayores necesidades, son una conquista que ningún hombre razonable menospreciará. Además, somos de opinión que si hoy no puede aportarnos el socialismo un mejoramiento de las condiciones del trabajo, tampoco nos lo aportará un empeoramiento de las mismas o una indiferencia frente a las condiciones dadas. Un hombre dispuesto a luchar por las necesidades de su vida, luchará también cuando se trate de la liberación definitiva, pero un hombre indiferente a su situación, no vale ni para la lucha cotidiana ni para la lucha por el todo.

Y si tenemos que elegir entre la posibilidad de un sistema gubernamental dictatorial o fascista y un Estado constitucional burgués, preferimos absolutamente el último. Y al hacer eso no nos ilusionamos lo más mínimo. Sabemos bien que nuestra decisión no nos liberará del yugo de la tutela estatal. Pero sabemos también que hay diferencia entre estar forzados a vivir bajo un régimen de violencia desenmascarada, donde toda palabra libre es estrangulada, todas las luchas innumerables por los derechos conquistados aniquiladas, toda actividad en pró de los intereses de los oprimidos sofocada en germen y nuestra dignidad humana continuamente pisoteada, y vivir bajo un sistema político donde es garantizada la expresión de nuestra opinión hablada y escrita y existe la posibilidad de organizarnos y los individuos disfrutan de una cierta libertad de acción que les da un espacio más o menos grande para la defensa de sus intereses sociales.

Fué esta consideración la que incitó a Most a proclamar la república a la dicta-

dura del sable, la que hizo saludar a Lenin la victoria de los republicanos franceses sobre los monárquicos y la que finalmente hizo dedicar las mismas conclusiones a nuestro viejo amigo Malatesta en un precioso artículo titulado "Dura y constituyente". Y eso es natural pues defender otro punto de vista en el problema equivaldría a trabajar directamente en favor de la reacción. Pero los trabajadores no tienen interés alguno en facilitar el juzgo a los reaccionarios abandonándoles indiferentemente los derechos conquistados, a causa de un supuesto radicalismo. Cuidémonos de que fundamos tales ideas entre las masas. Las consecuencias podrían ser terribles. Dejémoslas bien lejos de nuestra atención que nuestra actividad no favorezca de ningún modo a los escuderos de la reacción. ¡También para nosotros está a la derecha el peor enemigo!

El que olvida un solo momento eso que los hijos de la farsa traen a Mussolini se y regodea en las hordas por de la yor de la gr con el c conciliación ante Nevoso no inascolta mente, diputado imprescric los grandes arte. Los pinela grote estérica y nación en el la doblegar ante esa casta sin interponer su veto, no merecería ciertamente nada mejor.

El confusionalismo reinante en el proletariado alemán ha dado ya motivo a un resultado funesto. Hemos visto cómo un reaccionario impudente de la talla del conde von Rentlow colaboró con el órgano central del partido comunista, cómo este partió coqueteo con los oficiales monárquicos y los nacionalistas völkischen y tomó en consideración una alianza con ellos. Es verdad que más tarde se afirmó que se había querido utilizarlos únicamente para engañarlos después. Ese es un juego peligroso y criminal, y el que, como revolucionario, interesa viene en él, será siempre la víctima. Pues sólo la reacción es la que puede ganar en tal comercio, mientras que en las filas de los trabajadores no puede producirse más que confusión infinita y eterna desconfianza que al fin envenena todo movimiento.

¡Guardémonos de agrandar el caos mediante palabras de orden vacías y conceptos mal entendidos! Si se apropia una palabra única de Lenin y se interpreta la libertad simplemente como un "prejuicio burgués", entonces los derechos y las libertades políticas no tienen ninguna importancia para los trabajadores. Pero entonces las innumerables luchas del pasado, todas las sublevaciones y revoluciones a quienes agradecemos esos derechos, no han tenido valor alguno, y podemos permitirnos tranquilamente el lujo de abandonar sin lucha todas las conquistas de las pasadas acciones colectivas, porque han fracasado en su objetivo. Para proclamar esa salutaridad no habría sido necesario derribar el capitalismo, pues incluso la censura de Nicolás el Último no habría tenido nada que objetar si se hubiera calificado la libertad de prejuicio burgués. Por lo demás, los grandes teóricos de la reacción, de Millot y Bonald, lo han hecho también, con otras palabras, y los defensores del viejo absolutismo les quedaron reconocidos por ello.

Pero nosotros no queremos perturbar el sentido común con sutilezas tan baratas. Sabemos muy bien que tras todas esas reservas se oculta el principio de la reacción. Y por eso estamos en lucha por el pan cotidiano, por eso saludamos toda nueva conquista del movimiento obrero por revolucionario en todos los dominios. Primer la vida económica, social y política, por eso estamos siempre dispuestos a defender las posiciones conquistadas contra en un ru los ataques de nuestros adversarios. Pueded. El bufo dignísimo otra vez: ¡Sólo en la lucha ocazarse, tendremos el derecho! De las contiendas cotidianas por las necesidades de la vida resurge en nosotros la luz de una nueva era que da a los a nuestro anhelo. Y es signo será para nosotros una brújula que la que llegue el momento en que toda forma de explotación, todo sistema de dominación caerán en ruina para dejar plaza a un mundo de libertad, de igualdad y de solidaridad.